

**CATEQUESIS PARA EL TIEMPO DE LA
PURIFICACIÓN
E
ILUMINACIÓN
(Catequistas)**

Comenzamos esta nueva etapa dentro del catecumenado, etapa que se denomina de “purificación e iluminación”. Para entender el sentido de estas semanas que van desde el rito de elección hasta la Semana Santa podemos leer los siguientes números del RICA:

21. El tiempo de purificación e iluminación de los catecúmenos de ordinario coincidirá con la Cuaresma, que es tiempo para renovar a la comunidad de los fieles junto con los catecúmenos por la liturgia y a la catequesis litúrgica, mediante el recuerdo o la preparación del Bautismo, y por la penitencia. Así dispone a los catecúmenos para celebrar el misterio pascual, que los sacramentos de la iniciación aplican a cada uno.

22. Con el segundo grado de la iniciación, comienza el tiempo de la purificación e iluminación, destinado a la preparación intensiva del espíritu y del corazón. En este grado hace la «elección» la Iglesia, o sea, la selección y admisión de los catecúmenos, que por su disposición personal sea idóneos, para acercarse a los sacramentos de la iniciación en la próxima celebración. Se llama «elección», porque la admisión, hecha por la Iglesia, se funda en la elección de Dios, en cuyo nombre actúa la Iglesia; se llama también «inscripción de los nombres», porque los candidatos, en prenda de fidelidad, escriben su nombre en el libro de los elegidos.

23. Antes de que se celebre la «elección», se requiere en los catecúmenos, la conversión de la mente y de las costumbres, suficiente conocimiento de la doctrina cristiana y sentimientos de fe y caridad; se requiere, además, una deliberación sobre su idoneidad. Después, durante la celebración del rito, tiene lugar la manifestación de su voluntad y la sentencia del Obispo o de su delegado delante de la comunidad. Así se comprende que la elección, rodeada de tanta solemnidad, sea como el eje de todo el catecumenado.

25. En este período, la preparación intensiva del ánimo, que se ordena más bien a la formación espiritual que a la instrucción doctrinal de la catequesis, se dirige a los corazones y a las mentes para purificarlas por el examen de la conciencia y por la penitencia, y para iluminarlas por un conocimiento más profundo de Cristo, el Salvador. Esto se verifica por medio de varios ritos, especialmente por el «escrutinio» y la «entrega».

1. Los «escrutinios», que se celebran solemnemente en los domingos, se dirigen a estos dos fines anteriores mencionados: a saber, a descubrir en los corazones de los elegidos lo que es débil, morbos o perverso para sanarlo; y lo que es bueno, positivo y santo para asegurarlo. Porque los escrutinios se ordenan a la liberación del pecado y del diablo, y al fortalecimiento en Cristo, que es el camino, la verdad y la vida de los elegidos.

2. Las «entregas», por las cuales la Iglesia entrega o confía a los elegidos antiquísimos documentos de la fe y de la oración, a saber: el Símbolo y la Oración dominical, tienden a la iluminación de los elegidos. En el Símbolo, en el que se recuerdan las grandezas y maravillas de Dios para la salvación de los hombres, se inundan de fe y de gozo los ojos de los elegidos; en la Oración dominical, en cambio, descubren más profundamente el nuevo espíritu de los hijos, gracias al cual, llaman Padre a Dios, sobre todo durante la reunión eucarística.

26. Para la preparación próxima de los sacramentos:

1. Exhórtese a los elegidos para que el Sábado Santo, en cuanto les sea posible, dejando el trabajo acostumbrado, dediquen el tiempo a la oración y al recogimiento del corazón, y guarden el ayuno según sus fuerzas.

152. En este tiempo, que de ordinario coincidirá con la Cuaresma y que comienza con la «elección», los catecúmenos juntamente con la comunidad local se entregan al recogimiento espiritual como preparación para las fiestas pascuales y para la iniciación de los sacramentos. A este objeto se celebran para ellos los escrutinios, las «entregas» y los ritos de preparación inmediata

ALGUNAS INDICACIONES PRÁCTICAS

“LOS EXCRUTINIOS”, se celebran dentro de la Misa mayor de la parroquia, después de la homilía, los domingos III, IV y V de cuaresma.

Los escrutinios se celebran por un sacerdote o por un diácono, al frente de la comunidad, para que de la liturgia de los escrutinios también se aprovechen espiritualmente los fieles, y para que intercedan en las súplicas por los «elegidos». (nº 158 RICA)

“...la primera Misa de los escrutinios debe ser siempre la Misa de la samaritana; la segunda, la del ciego de nacimiento; y la tercera, la de Lázaro”(nº159 RICA). Las lecturas del CICLO A

“LA ENTREGA DEL SÍMBOLO” se realiza durante la semana tercera de cuaresma.

Es de desear que las «entregas» se hagan en presencia de la comunidad de los fieles, después de la liturgia de la palabra de la Misa ferial, con lecturas que sean apropiadas a la ceremonia de la «entrega». (nº 182 RICA)

Si no es posible, se podrá realizar antes o después de la catequesis en una celebración de la Palabra

“LA ENTREGA DEL PADRE NUESTRO” se realiza durante la semana quinta de cuaresma.

Es de desear que las «entregas» se hagan en presencia de la comunidad de los fieles, después de la liturgia de la palabra de la Misa ferial, con lecturas que sean apropiadas a la ceremonia de la «entrega». (nº 182 RICA)

Si no es posible, se podrá realizar antes o después de la catequesis en una celebración de la Palabra.

“LOS RITOS DE PREPARACIÓN AL BAUTISMO” hay que celebrarlos el sábado santo por la mañana.

Para la unción que se realiza en los “ritos de preparación” empléese el óleo de los catecúmenos bendecido por el Obispo en la Misa Crismal. (nº207 RICA)

Los ritos preparatorios para el Bautismo son cuatro, aunque uno de ellos, el de “la elección de nombre cristiano”, puede omitirse según la voluntad de los “elegidos”.

Los cuatro deben hacerse, siempre que sea posible, en una celebración con participación de los fieles, bien en una liturgia de la Palabra preparada a propósito, bien dentro de alguna otra celebración u oración ya prevista en la parroquia. Si se hace una liturgia de la Palabra a propósito para el caso, elegid uno de estos evangelios: Mt 16, 13-17 o Jn 6,35. 63-71. Al que podéis hacer preceder, si lo veis conveniente, de alguna otra lectura apropiada y algún salmo responsorial.

Así pues, dentro de una liturgia de la palabra preparada a propósito, o dentro de alguna otra liturgia u oración.

INDICE

Catequesis 1. Elegidos.

Catequesis 2. El sacramento del Bautismo.

Catequesis 3. El sacramento de la Confirmación.

Catequesis 4. El sacramento de la Eucaristía.

Catequesis 5. La oración cristiana, el “Padre nuestro”

Catequesis 1:

“Elegidos”

A) Introducción

Queridos hijos, el último domingo fuisteis “elegidos”. Ese es el nombre del rito, rito de la elección, con el que el obispo, sucesor de los Apóstoles, os llamó para que participéis, en la próxima Vigilia Pascual, de los sagrados misterios de la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Los obispos son sucesores de los Apóstoles y obran, sobre todo en la liturgia, con el poder de Cristo. Cristo obra por su medio. Quiero decir que es Cristo quién os ha elegido. En realidad el obispo no sabrá demasiado de vosotros, ni siquiera los que llevamos tiempo con vosotros conocemos y comprendemos todo lo que hay en vuestras almas. Apenas recordará hoy vuestros nombres. Pero Cristo os ha conocido, os ha amado y os ha elegido para haceros partícipes de su propia vida, de su muerte y de su resurrección, en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía.

Esta es la idea con la que quiero que comencemos la catequesis: tened la certeza de que Cristo, que conoce hasta los secretos más íntimos, todos los deseos, todos los temores, todas las esperanzas que alberga vuestro corazón, os ha llamado y os ha elegido para él. Escuchad estas palabras del Señor:

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto. Vosotros estáis ya limpios gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen, los echan al fuego y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos.

Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado. Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros.»

«Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Su fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo. Acordaos de la palabra

que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia, odia también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado; pero ahora las han visto, y nos odian a mí y a mi Padre. Pero es para que se cumpla lo que está escrito en su Ley: Me han odiado sin motivo. Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio.

(Jn 15,1-27)

Estas palabras que recoge el Evangelio según san Juan las dice Jesús a sus discípulos en la noche misma en que es apresado por los guardias del templo, después de haber celebrado la cena pascual con sus discípulos. Aquellos estaban en una situación similar a la vuestra. A vosotros os quedan unas semanas para participar de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, ellos ya estaban inmersos en la pasión. Ellos habían sido “purificados”, vosotros, en cierto sentido, también, aunque aún le quedan medios a la Iglesia para completar esta purificación. Otros fueron arrojados de la vid, no dieron fe al Señor y fueron arrojados de su lado. Pero vosotros habéis dado fe a Cristo, a Cristo y no sólo a hombres. Y Cristo os ha elegido para introducirlos entre los que gozan de su intimidad, para ser contados entre sus amigos:

No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca.

Ahora, como podéis deducir de las palabras del Señor, su elección no es un simple acto sentimental, no es la mera expresión de un deseo afectuoso. Sino que la amistad de Cristo, en la que de hecho ya habéis sido introducidos, conlleva compartir su vida y su destino. Os manda el amor, porque él los ha amado primero y porque este amor le conduce hacia la cruz. Y os indica su camino, el camino de la cruz, como vuestro propio camino. Es el camino en el que se realiza la amistad con Cristo, en el que se comparte la vida con él.

Este es el camino que habéis iniciado, elegidos por él.

B) Saludo del Presidente e invocación al Espíritu Santo

Para la invocación del Espíritu Santo ver
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,

tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.

C) Exorcismos Menores

Para recibir los exorcismos los catecúmenos se pondrán de rodillas, si es posible, si no inclinarán su cabeza (Cf. RICA 109). Y el sacerdote, el diácono, o en su defecto el catequista que haya sido autorizado para ello por el Obispo, pronunciará las palabras del exorcismo mientras extiende las manos sobre los catecúmenos. Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (**RICA 117**). Otras fórmulas posibles aparecen en el **RICA 373**).

Oremos.

Dios Padre, creador y salvador de todos los hombres
que has llamado a estos catecúmenos
a quienes creaste por amor y acogiste con misericordia;
tú que sondeas sus corazones,
míralos hoy en espera de tu Hijo;
consérvalos con tu providencia
y realiza en ellos tu amoroso designio de salvación;
para que, unidos firmemente a Cristo,
sean contados entre sus discípulos aquí en la tierra
y puedan alegrarse de ser reconocidos
por Él en el cielo.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

D) Catequesis

1. Camino cuaresmal – camino hacia la Pascua – celebración de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana.

Elegidos por Cristo, introducidos en el grupo de los discípulos, que comparten la vida de su Maestro, ahora os encontráis en un camino que conduce a la cruz. Es el camino de la cuaresma. Los cristianos llamamos “cuaresma” a los cuarenta días anteriores a la muerte y resurrección de Jesucristo. Esta cuaresma será la más importante de vuestra vida, vuestra primera cuaresma. Las otras que Dios os conceda vivir serán profundización de esta primera y originaria. Durante estas semanas Dios os purificará y os iluminará para que participéis con provecho en los misterios de la muerte, de la resurrección y de la plenitud del Espíritu Santo.

Quiero que entendáis ya que estos misterios centrales de la vida de Cristo: muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo, son los misterios de los que participaréis al recibir los Sacramentos de la Iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Al hablar de estos tres sacramentos hablamos de la participación de los elegidos en los misterios de Cristo, en la vida de Cristo, en su propia persona.

Y cuando vosotros, ahora o en cualquier otro momento, oigáis “Bautismo”, sabed que no nos referimos sólo a unos ritos externos, es decir al agua y a las palabras del obispo o de otro sacerdote, sino a la muerte y resurrección de Cristo, realidades de la vida del Señor a las cuales esos ritos hacen referencia.

Y cuando se os hable de Confirmación, lo mismo: no hablamos de gestos de hombres, los gestos del obispo imponiéndolos las manos o ungiéndolos con el Santo Crisma, sino de Cristo que entrega su Espíritu en la cruz, que exhala su Espíritu cuando resucita sobre sus Apóstoles, que entrega el Espíritu de su Padre, el Espíritu Santo, desde el cielo.

Y, de igual modo, cuando en la Pascua, participéis por vez primera en la Eucaristía, y después, cada vez que os acerquéis a la Eucaristía, sabed que no estáis sólo ante un hombre, ante el sacerdote que celebre en cada caso. No estáis en cualquier iglesia, grande o pequeña, de cualquier rincón del mundo, o en un momento sin importancia, que nadie recordará, que no pasará a la historia. Nada de eso: el poder de Cristo en la liturgia os hace contemporáneos suyos. El poder de Cristo en la liturgia os sitúa ante él, en la Cruz, en el lugar y en el momento en que se jugó y se obró la salvación del mundo. En el lugar y en el momento en el que sois amados hasta el extremo por Cristo, el hombre perfecto, el Dios humillado. Sois puestos en la hora y en lugar en que Cristo, como hombre verdadero, ofrece por ti, al Eterno Padre, el sacrificio de un amor perfecto, el amor filial. La liturgia te coloca en el momento en el que Dios acepta el sacrificio del Hijo y lo resucita de entre los muertos, el momento en que las puertas del Reino eterno se abren ante el hombre que asciende a la derecha de Dios ante el asombro de los ángeles y ante el pavor del demonio.

El poder de Cristo en la liturgia de los sacramentos te sitúa en el momento en que el Jesucristo, revestido de gloria y de poder por la resurrección de entre los muertos, envía su Espíritu y unge con él tu alma y tu cuerpo. Es el momento en que te hace suyo y te habita.

Este es el camino que ahora emprendes. Es el camino de la cruz y de la resurrección, el camino de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana.

2. Camino de Purificación e Iluminación

Pero ya sabes que la liturgia no es magia. Dios obra con poder, pero no sin tu libertad, no sin ti. Tú mismo, has de caminar con Cristo, para que cuando llegue el momento de la celebración de los Sacramentos, es decir, de participar de los misterios de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, tu cuerpo y tu espíritu estén bien dispuestos. Porque puede ocurrir que tu cabeza sea empapada con el agua bautismal y que tu espíritu permanezca impermeable al amor de Dios. Puede ocurrir que tu frente sea ungida con el Santo Crisma y que, sin embargo, el Espíritu Santo no encuentre acomodo en tu alma; que comas el pan y bebas el vino, pero que Cristo no encuentre su sitio en tu corazón.

Escuchad las palabras que san Cirilo de Jerusalén dirigía a los catecúmenos:

Pero Él [el Espíritu Santo] prueba al alma y no arroja las piedras preciosas a los cerdos. Si te acercas con fingimientos, los hombres ciertamente te bautizarán, pero no te bautizará el Espíritu. Pero si te acercas con fe, los hombres harán lo que corresponde a lo que se ve con los ojos y el Espíritu Santo concederá lo que no es exteriormente visible¹.

Por eso has de esforzarte en purificar tu alma y de poner luz en la oscuridad de tu mente. De hecho, este tiempo que va desde la elección hasta la Pascua se llama, tiempo de Purificación e Iluminación.

¿De qué debéis ser purificados? –De la idolatría y del apego a cualquier pecado.

¿Con qué habéis de ser iluminados? –Con la luz de la verdad, que os hará libres, hombres libres y plenos con Cristo, el hombre perfecto.

Ahora bien, lavar la suciedad del cuerpo es fácil, está al alcance de cualquiera. Pero purificar el alma de sus malas costumbres y del lastre que el pecado de muchos años ha dejado en ella no es tan fácil. Y poner luz allí y embellecer y rejuvenecer el alma tampoco. Es Cristo quien lleva a cabo esta obra. Ya lo viene haciendo desde hace tiempo con su palabra. La palabra de Cristo, con la que casi sin daros cuenta os hemos estado alimentando, ya ha limpiado muchas cosas y ha iluminado muchos rincones. Pero en este poco tiempo que queda para vuestro bautismo es el más importante. Por eso debéis entregaros a la escucha de Cristo, con mucha más gana y atención, en vuestra oración personal, en la catequesis y en la liturgia de los domingos.

De estos tres momentos, el más importante es ahora la misa dominical. Allí encontraréis la palabra de Cristo fundamental y veréis las huellas que va dejando en su camino de amor hasta la cruz, para que vosotros vayáis tras él, pisando las mismas huellas. Por eso debéis acudir a la misa dominical con un gran deseo de escuchar, de no llegar tarde, de ir descansados, despiertos y con tiempo. Y cada domingo tendréis un momento de la vida de Jesús, un misterio de su vida. Son momentos reales de la vida de Jesús, momentos en los que él os amó y que ahora os purificarán e iluminarán.

E) Lecturas y Exhortación

Ahora se proclama la lectura de la Palabra de Dios. El lector, uno de los catequistas, lo hace de pie, desde el ambón, con solemnidad pero con sencillez.

Después de la lectura y una pequeña explicación, se invite a los catecúmenos a expresar, si lo desean, su experiencia espiritual y personal, pero cuidando de que no hagan interpretaciones doctrinales, sino que hablen tan solo de sí mismos y de su experiencia con Dios. Cuando el sacerdote o catequista vean necesario comenten las cosas que él crea han quedado oscuras, exhorte, anime, corrija...

¹ SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis Bautismales*, (Bilbao 1991), 461

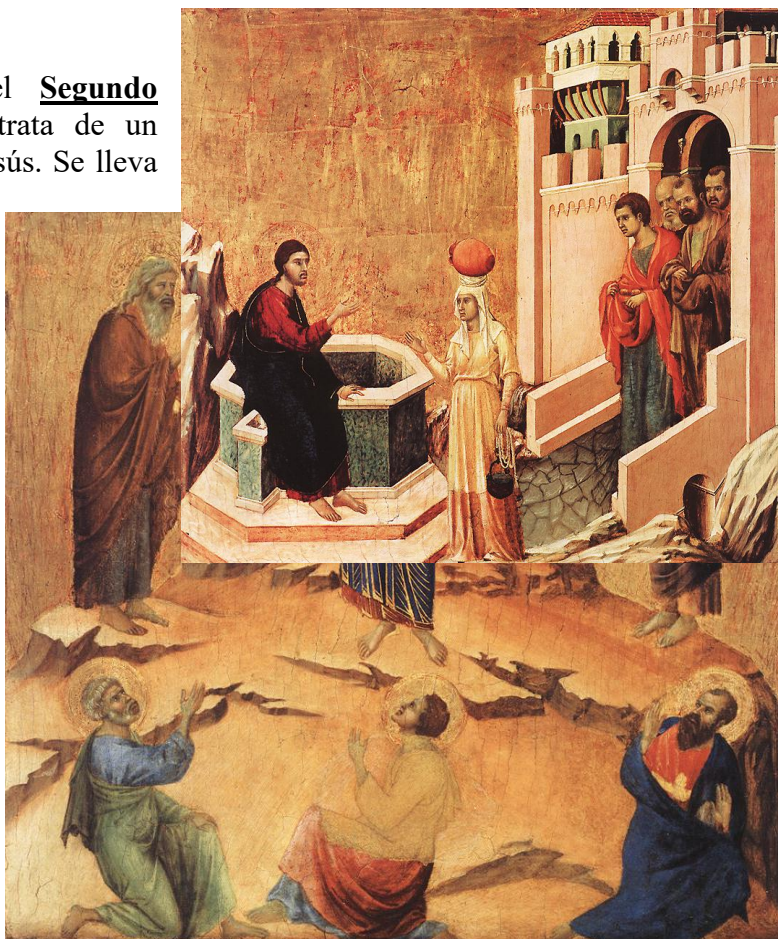


El Domingo en que fuisteis elegidos escuchasteis cómo Jesús, al comienzo de su vida pública, antes de empezar a predicar o a hacer milagros, fue al desierto para ser tentado por el diablo, para luchar y vencer al diablo. ¿Qué indica eso al comienzo de la cuaresma? Indica que se abre un tiempo de lucha contra las tentaciones. Seréis tentados, como lo fue Cristo. Y cuando seáis tentados, sus palabras han de servir de luz en la lucha contra la mentira de Satanás. El arma del diablo, os he dicho ya en más de una ocasión, es la mentira. Contraponed a la mentira de Satanás la verdad de Cristo y seréis libres de sus trampas. Y la tentación, así vencida, os purificará, os hará más fuertes, más perfectos. Ahora no tenemos tiempo para examinar las tentaciones de Jesús en el desierto, pero leedlas con detenimiento y os daréis cuenta de que se resumen en una cosa: el demonio intenta hacer dudar de Dios, de su bondad, de que el camino que nos propone Dios sea el adecuado, el justo para nosotros. Es lo que ya vimos cuando analizamos la tentación del pecado original. Y, en segundo lugar, lo que intenta es que desobedezcamos a Dios tomando otro camino distinto al que él nos ha propuesto. Desconfianza y desobediencia. Ésta es la trampa. Y ante la mentira, Cristo opone la verdad de Dios que nos ama y nos cuida, y nos da un camino que conduce recto y derecho a la vida eterna. El hombre que confía en este amor dice: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*. Es decir la vida del hombre consiste en cumplir la voluntad de Dios, lo que Dios dice con su Palabra. El hombre llega a ser libre y hombre verdadero cumpliendo la voluntad de Dios. El hombre que se fía de Dios sabe que no puede tentar a Dios, eligiendo otro camino distinto al que el nos ha propuesto. Él ha propuesto el camino de la cruz, que es el camino del amor, como único camino de salvación. Y no podemos tentar a Dios pidiéndole que tomando un camino más fácil, nos obtenga el premio que sólo está reservado al amor filial de Cristo en la Cruz: *“No tentarás al Señor tu Dios”*. El hombre que se fía de Dios sabe que sólo él es Dios, el único bien absoluto, el único bien para el que hemos sido creados. Y que todos los demás bienes son obra suya y todo está en su mano. Sabe que él es el Único Bien, que por amor creó todas las cosas, que es Creador de todo y dueño absoluto de todo. Es mentira que el diablo pueda otorgar nada, es mentira que nada, si no es recibido de la mano de Dios, pueda darnos felicidad o dicha alguna verdadera. Por eso dice Jesús: *“Al Señor, tu Dios, adorarás. Y sólo a él le darás culto”*.

Sólo hay un Dios, ninguna cosa se puede comparar con él, ningún otro ser, material o espiritual, animal, hombre o ángel se puede comparar con él. Y nuestra felicidad está en amarlo y adorarlo como Dios uno y único, Dios que es amor.

Pasemos al Evangelio del **Segundo Domingo de Cuaresma**. Se trata de un

suceso singular en la vida de Jesús. Se lleva a tres de los suyos, a Pedro, a Santiago y Juan, sube al monte con ellos y se “transfigura” delante de ellos. Su cuerpo y sus vestidos adquieren un tono de gloria que no es sino el anuncio de la gloria y del poder que la humanidad de Cristo, el hombre que es el Hijo de Dios, logrará tras la muerte y resurrección. Y junto a Cristo así transfigurado aparecen dos personajes del Antiguo Testamento: Moisés y Elías. Moisés representa la ley, los mandatos de Dios, es decir, el camino que Dios ha dado al hombre para que viva, y cuya plenitud es el amor. Elías, el más grande de los profetas, representa la purificación de toda idolatría, es decir de la adoración de falsos dioses, el rechazo de confiar en cualquier cosa que no venga directamente de Dios y de su voluntad, la afirmación de que sólo Dios es Dios, y sólo a él le debemos fe y amor sin límite. Y las dos cosas se mostrarán en todo su esplendor en la cruz de Cristo: tanto el amor que es cumbre de la ley; como la adoración y la confianza exclusiva y por encima de todas las cosas, en Dios. Ya os dije que, en la cruz, Cristo mantiene la fe en medio de la oscuridad y de la soledad más terrible. Al mismo tiempo, Moisés y Elías son también símbolo de la Ley y los Profetas, representan todo el conjunto de la Historia de Dios con su pueblo y, al aparecer así junto a Jesús, que va camino de la cruz, es como si dijese: esta es la voluntad de Dios, por la que se llega a la gloria. Este es el plan trazado desde el principio. Y luego está la voz del Padre, que se deja oír: “Este es mi Hijo Amado, escuchadlo”. En el camino hacia la cruz, camino que pisa Jesús y que pisan sus discípulos y que has de pisar tú, la escena de la transfiguración indica la confirmación de un camino que nos resistimos a seguir, y la seguridad de la gloria que sólo por este camino puede ser alcanzada.



Moisés representa la ley, los mandatos de Dios, es decir, el camino que Dios ha dado al hombre para que viva, y cuya plenitud es el amor. Elías, el más grande de los profetas, representa la purificación de toda idolatría, es decir de la adoración de falsos dioses, el rechazo de confiar en cualquier cosa que no venga directamente de Dios y de su voluntad, la afirmación de que sólo Dios es Dios, y sólo a él le debemos fe y amor sin límite. Y las dos cosas se mostrarán en todo su esplendor en la cruz de Cristo: tanto el amor que es cumbre de la ley; como la adoración y la confianza exclusiva y por encima de todas las cosas, en Dios. Ya os dije que, en la cruz, Cristo mantiene la fe en medio de la oscuridad y de la soledad más terrible. Al mismo tiempo, Moisés y Elías son también símbolo de la Ley y los Profetas, representan todo el conjunto de la Historia de Dios con su pueblo y, al aparecer así junto a Jesús, que va camino de la cruz, es como si dijese: esta es la voluntad de Dios, por la que se llega a la gloria. Este es el plan trazado desde el principio. Y luego está la voz del Padre, que se deja oír: “Este es mi Hijo Amado, escuchadlo”. En el camino hacia la cruz, camino que pisa Jesús y que pisan sus discípulos y que has de pisar tú, la escena de la transfiguración indica la confirmación de un camino que nos resistimos a seguir, y la seguridad de la gloria que sólo por este camino puede ser alcanzada.

El Domingo siguiente, el Tercero de Cuaresma, tenemos un evangelio que os resultará familiar: la Samaritana. Aquella que había tenido cinco maridos y ahora otro más que no era el suyo. Aquellos cinco maridos representan a los ídolos, a los falsos dioses, es decir, a las mentiras del demonio, que él nos proponer adorar para encontrar felicidad, como la manzana que le ofrece a Eva. Pero los ídolos son vanos, no pueden dar dicha al hombre, por eso la samaritana había dejado los cinco y ahora estaba con otro más. Este “otro” simboliza que es imposible que los ídolos den vida o felicidad al hombre. Ante ellos, Cristo se ofrece como el Agua que salta hasta la vida eterna. Es decir, Cristo es el verdadero esposo del alma. El Dios verdadero que sacia el corazón. El único que puede dar al hombre el Espíritu Santo. El agua que corre, la fuente de agua que salta hasta la vida eterna, simboliza al Espíritu Santo, que Cristo entregará plenamente a quién le confiese como Dios verdadero, cuando ascienda a la

derecha del Padre. Ese Espíritu Santo, que es Espíritu del Padre y del Hijo, es el que nos introduce en la vida divina, en la familiaridad con Dios. Y esta familiaridad del hombre con Dios, el amor de Hijo tributado a Dios, es el culto verdadero buscado y querido por Dios, sólo el que posee el Espíritu de Cristo puede tributar este culto. Y Cristo lo derrama sobre su Iglesia, sobre sus elegidos, cuando asciende al cielo. Por eso dice: “En verdad, en verdad te digo, que llega la hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores, adorarán al Padre en Espíritu y Verdad”.

El Cuarto Domingo de cuaresma

nos ofrece el relato de la curación del ciego de nacimiento. Allí encontramos dos partes que merecen nuestra atención: primero el milagro; segundo lo que ocurre con los fariseos. El ciego es símbolo del hombre sin luz, del hombre que está esclavizado por el pecado. Esclavo y sin querer ya ser liberado. Es el hombre que ha perdido la esperanza y se ha acostumbrado a vivir en la muerte. ¡Triste vida para aquel que fue creado con el fin de llegar a ser heredero del Dueño del Universo! El barro representa la creación, aquel limo de la tierra con el que las manos de Dios modelaron al primer Adán. El Hijo y el Espíritu Santo, son las manos de Dios. Y han vuelto a



tomar en sus manos al hombre para recrearlo de nuevo. El agua de la piscina simboliza las aguas del Bautismo. Aguas que sirven para purificar, para limpiar, para destruir todo lo viejo, el pecado y sus impurezas. Pero aguas que son también las aguas del seno materno, de donde nace una nueva criatura, que ve con el ojo de la mente iluminado por la fe: ve cuál es su destino glorioso y se encamina hacia él. La cerrazón de los fariseos muestra, por el contrario, el drama de aquellos que se cierran a la verdad, que es Cristo. Se hacen ciegos por eso “permanecen en sus pecados”, su destino no puede ser otro que la muerte eterna. Y Cristo reclama la fe del ciego que ha curado: “¿Crees tú en el hijo del hombre?”. Es decir, Cristo reclama tu fe: “¿crees en mí?”.

El evangelio del **Quinto Domingo de cuaresma** también lo conocéis ya. Es el relato de la resurrección de Lázaro. El amigo de Jesús muerto y ya maloliente después de cuatro días es símbolo de cada hombre, muerto y maloliente por el pecado, pero al que Cristo ha venido a llamar y a resucitar. ¿Cómo lo llamará? –Muriendo y resucitando él mismo. Por eso la resurrección de Lázaro es también preparación de su propia muerte. Cuando resucita a



Lázaro, Jesús incita el demonio contra él. Incita a la muerte a que lo devore. Es como si dijese al diablo: “Te que quitado lo que creías tuyo. Ven a por mí”. El otro tema fundamental de este evangelio es, como en el del ciego de nacimiento, la necesidad de la fe, como un acto libre del hombre que se entrega a Cristo, como a verdadero Dios y se pone en sus manos. Los fariseos se habían negado a dar su fe a Cristo y permanecen ciegos, permanecen en la muerte. Marta y María, aún con luchas, dan fe a su maestro, y reciben vivo a su hermano muerto. Y ante el mismo hecho, el de la resurrección de Lázaro, unos creen otros deciden acabar con Jesús.

El siguiente domingo, Domingo de Ramos, que abre la semana santa, es el llamado en la liturgia “Domingo de Pasión”. Y el evangelio es eso: la Pasión de Cristo. Se pone ante vuestros ojos el momento definitivo. Ya conocéis la pasión. Si estáis aquí, la mayoría de vosotros, es por la impresión que el relato y la explicación de la pasión que hicimos en las catequesis del principio dejaron en vuestras almas. Pero entonces erais como espectadores ante la cruz. Ahora, queridos y elegidos de Dios, ahora se os pide que vosotros mismos, como en un desposorio, digáis “Sí” a Cristo, que en la cruz os reclama como suyos. Recordad que fuisteis marcados con el su signo en la frente, en las manos, el pecho... Os reclama como suyos y os invita a participar con él de sus misterios.

Decid que sí y en la madrugada del Domingo de Resurrección seréis convertidos y transformados en Hijos de Dios, Miembros de Cristo y Templos del Espíritu Santo.



Aunque sea un poco largo, he querido dibujar ante vosotros todo el recorrido que os queda hasta la noche santa de la Pascua. En los domingos III, IV y V recibiréis los escrutinios, que como veréis están totalmente vinculados a los hechos que narran los evangelios y a este camino de purificación e iluminación que os he trazado.

Ánimo, es Cristo quién os llama. Corred tras él. No escuchéis ninguna otra voz, no volváis la vista atrás, miradle a él, al que traspasaron. Corred, como buenos soldados de Cristo, conquistad la vida eterna. Por cierto, no sé si os he dicho ya que ahora vuestro nombre es el de “elegidos” o “competentes”. Primero fuisteis simpatizantes, luego catecúmenos (“los que escuchan”), ahora habéis sido “elegidos” para la vida de Dios y competís para alcanzar el don de Dios, de ahí lo de “competentes”. Pues os lo repito: corred detrás de Cristo, no volváis la

vista atrás, miradle a él, al que traspasaron. Corred, como buenos soldados de Cristo, conquistad la vida eterna.

F) Ave María

G) Súplicas y Padre Nuestro

Todos en pie, se invita a elevar súplicas a Dios. Uno de los catequistas o el mismo sacerdote haga unas peticiones y anime a los catecúmenos a pedir también a Dios en voz alta.

H) Bendición y Despedida

Tras las peticiones, la celebración siempre terminará con las bendiciones. Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición de Dios. Y el sacerdote, el diácono o el catequista. El celebrante extiende las manos sobre los elegidos y dice la oración (Cf. **RICA 122**) mientras éstos inclinan la cabeza. Después el celebrante impone la mano a cada uno

Oremos.

Oh Dios, que por tus santos profetas

exhortaste a los que se acercan a ti:

«¡Lavaos y purificaos!»

y dispusiste por medio de Cristo la regeneración espiritual;

mira ahora a estos siervos tuyos,

que se disponen con diligencia al bautismo:

bendíceles, y, fiel a tus promesas,

prepáralos y santifícalos,

para que, bien dispuestos a recibir tus dones,

merezcan la adopción de hijos

y la entrada en la comunión de la Iglesia.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Durante todas estas semanas que quedan, cada día buscad un tiempo para rezar en silencio y en soledad, en el momento del día en que más tranquilos estéis. Buscad el silencio para escuchar y meditar la Palabra de Dios: centrad vuestra oración en las catequesis y en los Evangelios de cada domingo.

Catequesis 2:

Ceñidas las cinturas, calzados los pies, y el bastón en la mano

El Bautismo

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 252-264

A) Introducción

Estáis en un tiempo decisivo. Camino de la Pascua, Camino de la Cruz, camino de los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía. Antes de nada quiero subrayar la importancia de que en este tiempo recéis, en la soledad, en el silencio. Escuchad a Dios. Él habla por medio de su Palabra, que está consignada en la Escritura. Y en el Catecumenado habéis aprendido a escucharla. Pues poned el oído, con reverencia, con humildad, con constancia, dispuestos a obedecer con prontitud. Tenéis la Biblia, utilizadla. Tenéis las lecturas que cada Domingo se convertirán en el pan espiritual que os ha de alimentar. Recordad las palabras de Jesús en las tentaciones: “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Centraos cada semana en la escucha y meditación interior de las lecturas del Domingo. Releed también las catequesis, para que lo que aquí os decimos pueda encontrar reposo en vuestra mente y en vuestro corazón. Y después de escuchar a Dios levantad a él vuestras súplicas con humildad y con confianza. Y antes y después, al principio y al final de cada rato que dediquéis a la oración, dadle gracias de corazón.

La oración es un arma indispensable para llegar a la Pascua con el corazón dispuesto. Pero no es la única arma. Están también el ayuno y la limosna. Son las mismas armas que utilizó el Señor y que nos enseñó a utilizar a sus discípulos. El ayuno se refiere a la privación voluntaria de alimentos o de otras cosas necesarias para la vida ordinaria. Y por un tiempo, con medida, nos privamos no sólo de lo superfluo, sino incluso de lo necesario. Y con este gesto le pedimos a Dios que sacie un hambre más profunda que la que pasa nuestro pobre cuerpo, un hambre que sólo él puede saciar. Con este gesto hacemos hincapié en nuestra oración, en nuestra súplica, en nuestros ruegos, haciendo que nuestro cuerpo, necesitado por la privación voluntaria del alimento, se una a nuestro espíritu, que clama a Dios. Y sobre todo, nos ayuda el ayuno a que nuestro espíritu no se embote y permanezca despierto y libre para entregarse al amor de Dios y al amor de nuestros semejantes. De hecho, la oración es una expresión del amor a Dios y la limosna del amor al prójimo.

Igual que el ayuno, la limosna es voluntaria y cada uno ha de poner su propia medida. Cada uno sabe de qué alimentos y en que días o a qué horas se puede privar sin caer enfermo o sin desfallecer. También cada uno sabe hasta donde puede dar de sus propios bienes como remedio a las carencias de otros. Nosotros esperamos misericordia de Dios, esperamos sus bienes, que no podemos ganar con nuestro esfuerzo, sino esperarlos de su generosidad. Y tratamos de mostrar que en los bienes materiales, que también vienen de su mano, somos desprendidos para beneficio de otros, esperando que Dios nos dé lo que vale de veras, los bienes eternos que no pasan, ni se desgastan, ni se pierden, ni nadie puede robarnos. Sería un contrasentido que nosotros le pidiéramos a Dios que nos diese de sus bienes, que son infinitamente valiosos y que han costado la sangre de su Hijo Amado, mientras que nosotros permaneciésemos indiferentes a las necesidades de otros. Cada uno ha de poner su medida,

pero no bastará dar de lo que a uno le sobra. Si queréis un consejo, dad hasta que os duela el bolsillo.

En este tiempo tan próximo a los sacramentos, lo que os decimos en la catequesis es ciertamente importante, pero lo más importante ahora es el diálogo que vosotros mantengáis con Dios. Él os habla por su Palabra, que es su Hijo, y os da su gracia, en los exorcismos, en las bendiciones, en los ritos. Pero en la intimidad de la oración debéis hacer que todo eso llegue al fondo de vuestra alma y desde allí debéis también vosotros responder a Dios. Esta es la verdadera preparación espiritual y está en vuestras manos.

Quiero que sepáis que otros rezaremos y ayunaremos y haremos limosna por vosotros. Algunos lo llevamos haciendo desde que os conocimos. No os miento. Y lo seguiremos haciendo con gusto, hasta que veamos a la nueva criatura salir del seno materno de la piscina bautismal, del seno de la Iglesia, hasta que os veamos renacidos por el agua y el Espíritu.

B) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Para la invocación del Espíritu Santo ver
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.

C) Exorcismos Menores

Los elegidos se ponen de rodilla o, si no es posible,
inclinan la cabeza, mientras el sacerdote
hace la oración sobre ellos con las manos extendidas (**RICA 373**)

Oremos.

Dios de infinita sabiduría,
que llamaste al Apóstol San Pablo,
para que diera la buena noticia de tu Hijo a los gentiles,
te rogamos humildemente por estos siervos tuyos,
que desean el santo Bautismo:
concédeles que, imitando al Apóstol de las gentes,
no sigan las inclinaciones de la carne y de la sangre,
sino las inspiraciones de la gracia.
Visita, pues, y purifica sus corazones,
para que, libres de todo engaño,
olvidándose de lo que queda atrás y lanzándose hacia el futuro,
todo lo estimen pérdida
comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo, tu Hijo,
con tal de ganarlo a Él.

Por Jesucristo nuestro Señor
Amén.

D) Catequesis

Hoy os quiero remitir de nuevo a la Historia de la Salvación. Vosotros formáis parte ya de esta historia. Cada episodio de la Historia que Dios ha hecho para salvarnos, desde la Creación del mundo hasta la muerte y resurrección de su Hijo, es vuestra propia historia. Vosotros formáis parte de esta historia y estáis allí representados, llamados, corregidos, amados, salvados.

Hoy vamos a volver a uno de esos momentos fundamentales: la liberación de la esclavitud de Egipto. Más de una vez nos hemos referido a ella. Israel vivía en Egipto y había venido a ser esclavo de los egipcios. Sufrían allí una dura y penosa esclavitud. Dice el libro del Éxodo que Dios escuchó el sufrimiento de su pueblo y, entonces, decidió liberarlo. Para eso hizo surgir a Moisés y lo llamó y le dio el encargo de presentarse ante el Faraón y de exigirle la libertad de su pueblo. Y de castigarlo con plagas terribles hasta que lo dejase marchar. Son las famosas 10 plagas de Egipto.

No fue fácil aquella misión para Moisés. Dios tenía la decisión de liberar al pueblo, pero contaba con la oposición tenaz del Faraón, algo que resulta natural: no quería quedarse sin esclavos. Pero contaba también con cierta oposición de su mismo pueblo, que no quería arriesgar por su libertad, que, en cierto sentido, se había acostumbrado a su vida miserable.

Pues bien, vosotros sois el pueblo esclavo. Esclavo aún de vuestras pasiones, de vuestros pecados, de vuestra naturaleza herida por el pecado. Y sois esclavos ¿de quién? De aquel a quien nos entregamos con el pecado, del diablo. Dice la carta a los hebreos que todos los hombres andaban sometidos a la esclavitud del diablo. ¿Cómo?, diréis. Yo no veo cadenas, ni

mazmorras. La carta a los hebreos, del nuevo testamento, responde a eso: la cadena con que el diablo nos somete es el miedo a la muerte. Ese miedo a la muerte, miedo a sufrir, esa necesidad de afirmarnos a nosotros mismos, de salvar el pellejo, esa pobreza nuestra, es la cadena con la que el diablo nos tiene sometidos al pecado. Y es una dura esclavitud. Nadie puede escapar de ella. Y su fin es la muerte eterna.

Y ¿quién es Moisés? Vuestro Moisés es Cristo. Recordad que en las primeras catequesis que escuchasteis ya le oísteis decir en la sinagoga quién era y a qué venía:

Vino a Nazaré, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor. Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy.»

(Lc 4, 16-21)

Cristo, el nuevo y definitivo Moisés es el que, desde el principio, os llamó a seguirle. No he sido yo, ni ningún otro catequista, sino Cristo. Y con respecto al demonio ya visteis como se enfrentaba a él. Lo visteis en el primer domingo de esta cuaresma, el mismo día que os llamaba y os elegía. Lo visteis en las tentaciones. Fue al desierto para ser tentado, para enfrentarse al que hasta ahora os ha esclavizado.

A este respecto hay un pasaje precioso en el Evangelio:

Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios.» Jesús, entonces, le conminó diciendo: «Cállate y sal de él.» Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió de él.

(Mar 1, 23-26)

También leímos este pasaje en las primeras catequesis. San Jerónimo comenta las palabras de Jesús, diciendo que a Jesús no le interesaba la confesión del demonio, solo quería liberar a la criatura que él había creado, a la criatura que él amaba.

Cristo, por tanto ha venido a liberarnos: se ha enfrentado con el diablo y a nosotros nos ha llamado a salir del pecado, a ir tras él y a conquistar nuestra libertad.

Pero quiero insistir en una cosa: el pueblo de Israel se resistía a fiarse de Moisés y a obedecerle. Y tenía miedo de arriesgarse a sufrir más si intentaba escapar del poderoso faraón. Y ante las dificultades y contrariedades se quejaban y pedían a Moisés que les dejase en paz. Digo esto porque salir de Egipto no es fácil, salir del pecado al que nos hemos habituado no es fácil. Vemos nuestros pecados y nuestra vida mediocre como lo normal. ¡Tanto tiempo así, que nos hemos acostumbrado! Sin embargo Cristo nos llama a la libertad. Y es necesario preparar nuestro espíritu. Vamos a leer ya el relato del libro del Éxodo:

Dijo Yahveh a Moisés: «Todavía traeré una plaga más sobre Faraón y sobre Egipto; tras de lo cual os dejaré marchar de aquí y cuando, por fin, os deje salir del país, él mismo os expulsará de aquí... hacia media noche pasaré yo a través de Egipto; y morirá en el país de Egipto todo primogénito, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono hasta el primogénito de la esclava encargada de moler, así como todo primer nacido del ganado. Y se elevará en todo el país de Egipto un alarido tan grande como nunca lo hubo, ni lo habrá. Pero entre los israelitas ni siquiera un perro ladrará ni contra hombre ni contra bestia; para que sepáis cómo Yahveh hace distinción entre Egipto e Israel».

Hablad a toda la comunidad de Israel y decid: El día diez de este mes tomará cada uno para sí una res de ganado menor por familia, una res de ganado menor por casa. Y si la familia fuese demasiado reducida para una res de ganado menor, traerá al vecino más cercano a su casa, según el número de personas y conforme a lo que cada cual pueda comer. El animal será sin defecto, macho, de un año. Lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce de este mes; y toda la asamblea de la comunidad de los israelitas lo inmolará entre dos luces. Luego tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde lo coman. En aquella misma noche comerán la carne. La comerán asada al fuego, con ázimos y con hierbas amargas. Nada de él comeréis crudo ni cocido, sino asado, con su cabeza, sus patas y sus entrañas. Y no dejaréis nada de él para la mañana; lo que sobre al amanecer lo quemaréis. Así lo habéis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, y el bastón en vuestra mano; y lo comeréis de prisa. Es Pascua de Yahveh. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, Yahveh. La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto...

«Id en busca de reses menores para vuestras familias e inmolad la pascua. Tomaréis un manojo de hisopo, lo mojaréis en la sangre que está en la vasija y untaréis el dintel y las dos jambas con la sangre de la vasija; y ninguno de vosotros saldrá de la puerta de su casa hasta la mañana. Yahveh pasará y herirá a los egipcios, pero al ver la sangre en el dintel y en las dos jambas, Yahveh pasará de largo por aquella puerta y no permitirá que el Exterminador entre en vuestras casas para herir...

Fueron los israelitas e hicieron lo que había mandado Yahveh a Moisés y a Aarón; así lo hicieron. Y sucedió que, a media noche, Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito de Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todo primer nacido del ganado. Levantóse Faraón aquella noche, con todos sus servidores y todos los egipcios; y hubo grande alarido en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto. Llamó Faraón a Moisés y a Aarón, durante la noche, y les dijo: «Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los israelitas, e id a dar culto a Yahveh, como habéis dicho...

Los israelitas partieron de Ramsés hacia Sukkot, unos 600.000 hombres de a pie, sin contar los niños. Salió también con ellos una muchedumbre abigarrada y grandes rebaños de ovejas y vacas. De la masa que habían sacado de Egipto cocieron panes ázimos, porque no había fermentado todavía;

pues al ser echados de Egipto no pudieron tomar víveres ni provisiones para el camino. Los israelitas estuvieron en Egipto 430 años. El mismo día que se cumplían los 430 años, salieron de la tierra de Egipto todos los ejércitos de Yahveh. Noche de guardia fue ésta para Yahveh, para sacarlos de la tierra de Egipto. Esta misma noche será la noche de guardia en honor de Yahveh para todos los israelitas, por todas sus generaciones.

(Ex 11,1. 4-7; 12,3-13;21-23;28-31;37-42)

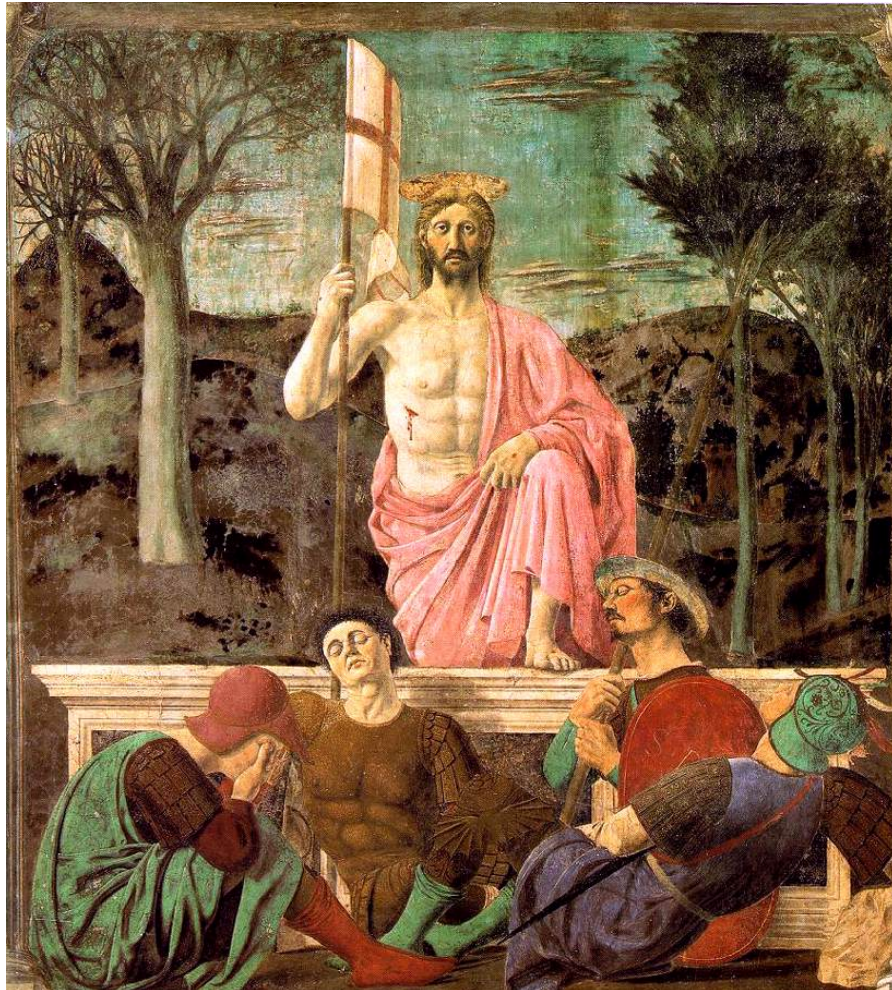
Cuando anunciaron al rey de Egipto que había huido el pueblo, se mudó el corazón de Faraón y de sus servidores respecto del pueblo, y dijeron: «¿Qué es lo que hemos hecho dejando que Israel salga de nuestro servicio?» Faraón hizo enganchar su carro y llevó consigo sus tropas. Tomó seiscientos carros escogidos y todos los carros de Egipto, montados por sus combatientes... y les dieron alcance mientras acampaban junto al mar, cerca de Pi Hajorot, frente a Baal Sefón. Al acercarse Faraón, los israelitas alzaron sus ojos, y viendo que los egipcios marchaban tras ellos, temieron mucho y clamaron a Yahveh. Y dijeron a Moisés: «¿Acaso no había sepulturas en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto? ¿Qué has hecho con nosotros sacándonos de Egipto? ¿No te dijimos claramente en Egipto: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios? Porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto.» Contestó Moisés al pueblo: «No temáis; estad firmes, y veréis la salvación que Yahveh os otorgará en este día, pues los egipcios que ahora veis, no los volveréis a ver nunca jamás. Yahveh peleará por vosotros, vosotros no tendréis que preocuparos.» Dijo Yahveh a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los israelitas que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los israelitas entren en medio del mar a pie enjuto. Que yo voy a endurecer el corazón de los egipcios para que los persigan, y me cubriré de gloria a costa de Faraón y de todo su ejército, de sus carros y de los guerreros de los carros. Sabrán los egipcios que yo soy Yahveh, cuando me haya cubierto de gloria a costa de Faraón, de sus carros y de sus jinetes. Se puso en marcha el Ángel de Yahveh que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube de delante se desplazó de allí y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de los israelitas. La nube era tenebrosa y transcurrió la noche sin que pudieran trabar contacto unos con otros en toda la noche. Moisés extendió su mano sobre el mar, y Yahveh hizo soplar durante toda la noche un fuerte viento del Este que secó el mar, y se dividieron las aguas. Los israelitas entraron en medio del mar a pie enjuto, mientras que las aguas formaban muralla a derecha e izquierda. Los egipcios se lanzaron en su persecución, entrando tras ellos, en medio del mar, todos los caballos de Faraón, y los carros con sus guerreros. Llegada la vigilia matutina, miró Yahveh desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios, y sembró la confusión en el ejército egipcio. Trastornó las ruedas de sus carros, que no podían avanzar sino con gran dificultad. Y exclamaron los egipcios: «Huyamos ante Israel, porque Yahveh pelea por ellos contra los egipcios.» Yahveh dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, y las aguas volverán sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre los guerreros de los carros.» Extendió Moisés su mano sobre el mar, y al rayar el alba volvió el mar a su lecho; de modo que los egipcios, al querer huir, se vieron frente a las aguas. Así precipitó Yahveh a los egipcios en medio del mar, pues al retroceder las

aguas cubrieron los carros y a su gente, a todo el ejército de Faraón, que había entrado en el mar para perseguirlos; no escapó ni uno siquiera. Mas los israelitas pasaron a pie enjuto por en medio del mar, mientras las aguas hacían muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó Yahveh a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar. Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo.

(Ex 14, 5-7;9-31)

A pesar de que la lectura ha sido larga, ni siquiera lo hemos leído entero. Si lo buscáis en la Biblia veréis que nos hemos ido saltando algunas cosas por falta de tiempo. Volveréis a escuchar parte de esta lectura en la noche de vuestro bautismo.

Pues bien, igual que Israel fue liberado de la esclavitud, también vosotros seréis liberados. Vuestro Moisés es Cristo, que ha atravesado las aguas del Mar Rojo. Esas aguas son la muerte que él ha sufrido y de la que ha salido vencedor en la resurrección. Y por esas aguas, las aguas del Bautismo, aguas de muerte para la vida antigua, para la vida sometida al pecado, os hará pasar a vosotros. Por eso habréis de permanecer preparados, con la cintura ceñida, con las sandalias puestas y el bastón en la mano. La cintura ceñida, las sandalias puestas y el bastón en la mano simbolizan un corazón dispuesto. Y para ello es necesario la oración, el ayuno y la limosna de la que os hablaba al principio de esta catequesis. Si os mantenéis así despiertos, vigilantes, preparados, veréis la gloria de Dios.



Pero ahora es necesario que cobréis mayor inteligencia de lo que será este gran y primer sacramento para el debéis permanecer preparados. Vamos a leer lo que dice el ***Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*** sobre el Bautismo: **252 -264**

E) Ave María

F) Súplicas y Padre Nuestro

G) Bendición y Despedida

El celebrante extiende las manos sobre los elegidos y dice la oración (Cf. RICA 121) mientras éstos inclinan la cabeza. Después el celebrante impone la mano a cada uno.

Oremos.

Concede, Señor, a nuestros elegidos
que, iniciados en los santos misterios,
queden renovados en la fuente del bautismo
y sean contados entre los miembros de tu Iglesia.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén

Catequesis 3:

El agua que mana de la roca

La Confirmación

El domingo III de cuaresma se celebra el primer escrutinio.
Durante la semana III de cuaresma
se hace la “entrega del Símbolo”. Para esta ceremonia los elegidos se
aprenderán de memoria el Credo que luego pronunciarán públicamente

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 265-270

A) Introducción

Espero que como os dije en la última catequesis estéis rezando, haciendo limosna y ayunando. Debéis empeñaros en esto. Espero también que os estén ayudando los escrutinios en vuestras parroquias. Antes de empezar la catequesis quiero saber si tenéis algo que contar sobre estas cosas...

B) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Para la invocación del Espíritu Santo ver
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.
Página 221

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;

por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.

C) Exorcismos Menores

Los elegidos se ponen de rodilla o, si no es posible,
inclinan la cabeza, mientras el sacerdote
hace la oración sobre ellos con las manos extendidas (*RICA 113*)

Oremos.

Dios omnipotente y eterno,
que por tu Hijo Unigénito
nos prometiste el Espíritu Santo,
te rogamos humildemente
por estos catecúmenos, que se ofrecen a ti:
aparta de ellos todo espíritu maligno
y toda acción errónea y pecaminosa,
para que merezcan ser templos del Espíritu Santo.
Confirma nuestras palabras, llenas de fe,
y haz que no sean vanas,
sino llenas del poder y de la gracia
con que tu Unigénito libró al mundo del mal.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

D) Catequesis

Para animaros a la preparación espiritual a vuestro bautismo en la última catequesis partimos del pasaje de libro del éxodo que relata cómo Dios, por medio de Moisés, movido por su misericordia, liberó a su pueblo de la esclavitud, sacándolo de Egipto, abriendo ante ellos el mar, haciendo que lo cruzasen y sepultando en esas mismas aguas a sus enemigos.

El paso del Mar Rojo siempre ha sido considerado como una anticipación del bautismo. Moisés es anticipo de Cristo, y en vuestro Bautismo el mismo Cristo actuará en la persona del Obispo. Cristo, es quien actúa siempre en la liturgia por medio de sus ministros, él os bautizará, uniéndoos al misterio de su muerte y resurrección, de forma misteriosa pero real. Ya os dije que las aguas bautismales son aguas de muerte. Allí queda sumergido (bautizar = sumergir) y muerto el pecado, vuestra vida pasada, vuestra vida de esclavitud al pecado. Y de esta muerte Dios hace resurgir una nueva criatura: hijos suyos, santos, dispuestos a vivir conforme a ley del amor. Las aguas bautismales son, pues, aguas de muerte y de vida.

Las aguas del mar, son anticipo de la muerte de Cristo y de las aguas de nuestro bautismo. Los hebreos pasaron de la esclavitud a la libertad cruzando aquellas aguas. Cristo pasó de este mundo al Padre a través de la muerte. Vosotros pasaréis de ser criaturas a ser hijos “atravesando” las mismas aguas, dejareis atrás la esclavitud del pecado para disfrutar de la libertad de los hijos de Dios.

En las aguas del Mar Rojo quedaron sepultados los egipcios, opresores del Pueblo de Dios, que querían impedir su liberación. En la cruz de Cristo, quedaron burlados los demonios: buscaron la muerte de aquel que les hacía frente no sometiéndose a sus tentaciones y sólo consiguieron enterrar en la tierra una semilla cargada de fruto, una semilla que, al germinar, iba a dar a Dios una multitud innumerable de hijos, libres de las ataduras del diablo. Y en la cruz, quedaron perdonados los pecados de todos los que creen. Ahora, en vuestro bautismo haréis profesión de fe y “cruzaréis” las mismas aguas, atrás quedarán, sepultados en ellas, todos vuestros pecados y los demonios que os han esclavizado hasta ahora, no tendrán ya poder sobre vosotros.

Ante estos hechos que se avecinan ya, os insistí: Estad preparados, “ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, y el bastón en vuestra mano”. Y este estar preparados es, sobre todo, manteneros en tensión: como el soldado que espera entrar en batalla; como la mujer que espera la hora del parto; como el novio que espera la noche de bodas. Y para permanecer así con el espíritu despierto, esperando y amando lo que viene, es necesaria la oración, el ayuno y la limosna.

Pero demos un paso más. Después de atravesar las aguas del Mar Rojo, los israelitas tuvieron que hacer una larga peregrinación por el desierto hasta entrar en la tierra prometida. Y la travesía por el desierto no fue fácil, aunque contaban con el auxilio de Dios. De igual modo, tras la muerte también Cristo permaneció en la tumba hasta el tercer día. No sólo eso, sino que en el Símbolo de los Apóstoles decimos: “Descendió a los infiernos”. La humillación del Hijo de Dios, las terribles consecuencias de cargar con nuestros pecados no acabaron con la muerte en la cruz. Los pecados que Cristo cargó libremente le hundieron, más allá de la muerte física, hasta el abismo. Ésta fue su travesía por el desierto. Cuanto más contemplamos el misterio de Cristo, el misterio de su entrega, tanto más grande, se nos muestra el amor de Dios por nosotros. También vosotros tendréis vuestra propia travesía por el desierto. Se trata del tiempo que Dios os dé hasta que os vuelva a llamar a él definitivamente y entréis con Cristo en el Reino de los Cielos, si sois hallados dignos. Es un nuevo catecumenado. Y el que os examina es Dios.

En ese tiempo del desierto, los años que dure vuestra vida aquí en la tierra, también seréis tentados. El demonio querrá volver a someteros a su ley de esclavitud con las armas que él siempre utiliza. Os dirá que vivíais mejor antes de ser cristianos, os dirá que vivir sin preocuparse de si uno peca o no es más tranquilo, más placentero. Os dirá que Dios, en realidad quiere amargaros la existencia y que sólo él os ofrece las cosas que hacen agradable esta vida. Tened cuidado. Os prevengo contra estas tentaciones. Y si antes adorasteis otros dioses, falsos dioses: Alá, Buda.. os sugerirá que os volváis a ellos. Tened cuidado con la idolatría, porque Dios es un Dios celoso, al que le repugna la idolatría. Volveremos sobre todo esto.

Pero ahora quiero que os fijéis en otra cosa. En medio de la marcha por el desierto, a pesar de las dificultades, los judíos tuvieron la ayuda de Dios. Una nube los protegía del sol durante el día y les alumbraba durante la noche. Y Dios les alimentaba con el maná, y con codornices². Estos y otros auxilios que experimentaron los judíos eran representación de los auxilios que los cristianos tenemos en la Iglesia. Uno de esos auxilios especiales con que contaron los judíos fue el agua que brotaba de la roca:

² Cf. Ex 16

Toda la comunidad de los israelitas partió del desierto de Sin, a la orden de Yahveh, para continuar sus jornadas; y acamparon en Refidim, donde el pueblo no encontró agua para beber. El pueblo entonces se querelló contra Moisés, diciendo: «Danos agua para beber.» Les respondió Moisés: «¿Por qué os querelláis conmigo? ¿Por qué tentáis a Dios?» Pero el pueblo, torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés: «¿Nos has hecho salir de Egipto para hacerme morir de sed, a mí, a mis hijos y a mis ganados?» Clamó Moisés a Dios y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen.» Respondió Dios a Moisés: «Pasa delante del pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la peña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.» Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Aquel lugar se llamó Massá y Meribá, a causa de la querella de los israelitas, y por haber tentado a Dios, diciendo: «¿Está Dios entre nosotros o no?»

(Ex 17,1-7)

Como en tantas otras escenas de la peregrinación por el desierto vemos el pecado de Israel, que murmura, que se queja de Dios y, sobre todo, que desconfía de Dios, del mismo Dios que les ha sacado de la esclavitud: “¿Está o no está Dios entre nosotros?”. Y, como siempre, contemplamos la paciencia de Dios que, en primer lugar, corrige a su pueblo por medio de todas aquellas pruebas para hacerlo humilde y para que aprenda a confiar en él. Y paciencia de Dios que soporta la desconfianza de Israel, perdona, espera la conversión de su corazón y se compadece, una y otra vez, atendiendo las necesidades de su pueblo.

Pero Dios siempre da más de lo que uno espera. Habéis oído que Dios le dio agua que brotaba de la roca. ¿De qué agua se trata? ¿Qué roca es esa de la que brota agua? Os daré una primera pista. El texto griego de la Biblia, traducción anterior al cristianismo, no decía que Moisés “golpease” la roca, dice que la “hirió”, con el callado. El texto griego dice que Dios le manda a Moisés: “herirás la peña y saldrá de ella agua, y beberá mi pueblo”. ¿Cómo es eso de “herir” la piedra? ¿Qué os sugiere el callado hiriendo la piedra y haciendo que de ella brote agua para el Pueblo de Dios?

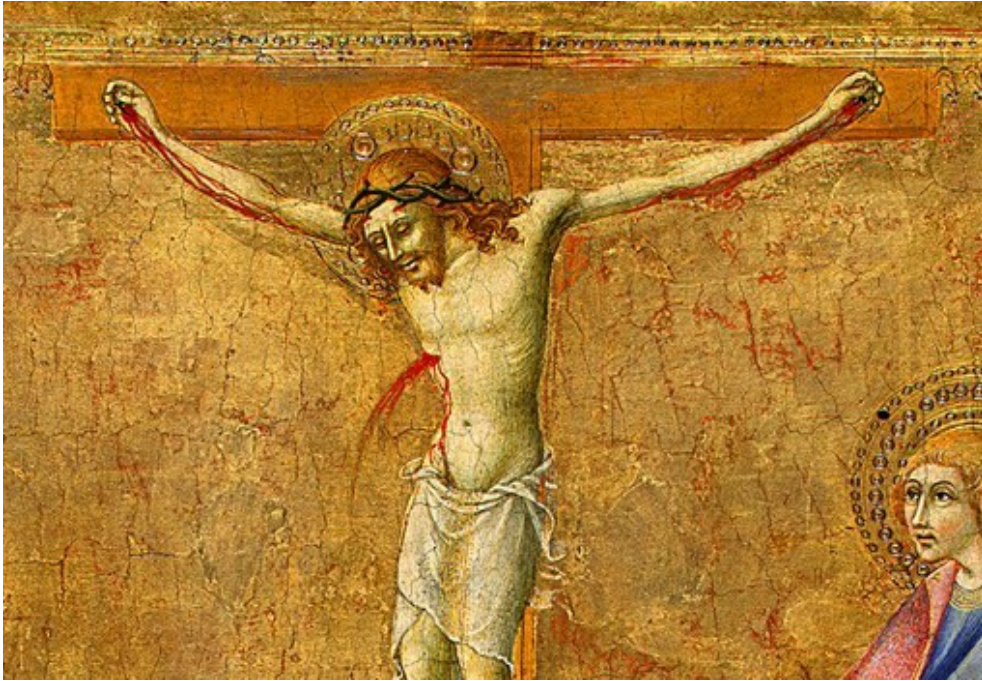
Creo que ya os hemos enseñado que toda la Escritura habla de Cristo. Pero si aún no entendéis lo que en realidad se expresa aquí, leamos otro texto en el que san Pablo, después ya de la muerte de Cristo hace alusión a esta Roca de la que brota el agua. Dice así san Pablo a los cristianos de Corinto:

No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo.

(1Cor 10,1-4)

Tal como hemos hecho nosotros antes, ya san Pablo relaciona el paso del Mar Rojo con el Bautismo. Luego se refiere a una comida espiritual, se trata del maná, con el que Dios alimentó en el desierto a su pueblo, al que también hemos aludido. Y luego habla de la bebida espiritual, de la roca espiritual y de que esa roca era Cristo: “todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo”.

Así pues, la roca que fue herida por el cayado en el desierto es Cristo, herido por la lanza del soldado. Y ciertamente de este hecho da testimonio san Juan en su Evangelio:



Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con El;" pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.

(Jn 19,32-34)

Pero las palabras de san Pablo nos enseñan a no mirar sólo con ojos carnales, sino con los ojos propios de la fe lo que ocurría en la cruz. Y es que san Pablo habla de Cristo como de una “roca espiritual” y habla del agua que mana de él como de una “bebida espiritual”. Es decir, el costado traspasado de Cristo, el agua y la sangre que brotan de él, no sólo son la realidad material que cualquiera que hubiese estado allí hubiese podido observar. Son también una realidad espiritual más profunda, una realidad espiritual que brota del costado de Cristo para nuestro provecho. Y os recuerdo que Cristo no está muerto, sino que resucitó y vive. La resurrección hace que todos los misterios de Cristo, cada una de las palabras y los hechos que nos narran los evangelios, como éste de la sangre y del agua que manan de su costado abiertos, permanezcan y sean presente también hoy. Nosotros nos centraremos hoy en la realidad espiritual del agua y dejaremos la riqueza que se esconde en la sangre para otro momento.

¿Qué es pues esta agua que brota del costado herido de Cristo, del costado abierto por la lanza del soldado? El mismo san Juan nos da la clave para entender a qué agua se refiere. En varios lugares de su evangelio hace referencia a esta realidad, pero vayamos al fundamental:

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí», como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.

(Jn 7,37-39)

La fiesta a la que se refiere aquí el Evangelio es la fiesta judía de las chozas o de las tiendas o de los tabernáculos. Se celebraba en otoño, recordaba la marcha de Israel por el desierto y era una de las tres fiestas de peregrinación de los judíos. Duraba ocho días y el día más solmene era el octavo, cuando quedaban clausuradas. Algunos de los ritos de esta fiesta eran muy populares: la procesión todas la mañanas del Sumo Sacerdote hasta la fuente de Siloé; la libación de agua sobre el altar de los holocaustos y, por la tarde, el alumbrado de cuatro grandes candelabros de oro en el atrio de las mujeres (una de las partes del Templo), que iluminaba toda Jerusalén.

En ese marco de la fiesta que recordaba la marcha por el desierto y, entre otras cosas, cómo los judíos tentaron a Dios y Dios les dio agua de la roca...; en ese marco en que el Sumo Sacerdote va en procesión hasta la fuente de Siloé y en que se derrama agua sobre el altar de los sacrificios del Templo; donde también se imploraba el agua de la lluvia; el último día, el más solemne de la fiesta es cuando Jesús, puesto en pie, grita: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí». Él mismo se compara con la roca de la que manaba el agua en el desierto. Pero está claro que Jesús no se refiere a un agua material. San Juan aclara que estas palabras de Jesús son el anuncio de algo que ha de ocurrir más tarde. Dice que este hecho, que ha de ocurrir ya estaba anunciado en la Escritura: “como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva”, se refiere al texto del Éxodo que hemos leído nosotros al principio y a una visión del profeta Ezequiel en la que del Santuario mana una corriente de agua viva, una agua que da vida por allí por donde pasa y que sana, incluso, el agua salobre donde desemboca. Y añade san Juan: “Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que habían de recibir quienes creyeran en él”.

Por lo tanto, el agua que brota del costado abierto de Cristo es el Espíritu Santo. El Espíritu del Padre y del Hijo. El Espíritu con el que el padre ama al Hijo, el Espíritu filial con el que el Hijo ama al Padre. Este Espíritu Santo, es el vínculo de unión entre las personas del Padre y del Hijo. Y ese es el Espíritu que Cristo derrama sobre su pueblo, para que bebiéndolo seamos saciados con las delicias de su amor.

Recordad ahora las palabras ya conocidas de Jesús a la Samaritana y que escuchasteis en el último Domingo: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva”. Y también: “El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé, se convertirá en él en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna”. Es la misma agua. Se trata de su Espíritu, que vosotros recibiréis en plenitud cuando recibáis el sacramento de la confirmación de manos del Obispo.

Pero quiero que entendáis dos cosas: de dónde brota este Espíritu Santo y quién os lo da. En la vigilia Pascual, nada más terminar los ritos del Bautismo, el Obispo os impondrá la mano implorando sobre vosotros al Espíritu Santo y seguidamente os ungirá en la frente con el Santo Crisma. Y con el Crisma recibiréis el Espíritu Santo. Pero lo que quiero que entendáis es que detrás de estas realidades visibles recibís el Espíritu de Cristo de su costado abierto por amor a vosotros. El don de su Espíritu Santo es el don que nace de su amor entregado hasta el final y es, para vosotros, si creéis en él, participación de ese amor. En segundo lugar, ese amor que es el Espíritu Santo, es la bebida que ha de calmar la sed de

vuestro corazón hasta que guiados por él alcancéis la vida eterna. Refugiaos siempre en este amor de Cristo crucificado, durante el resto de vuestra vida, cuando seáis tentados, cuando sufráis por cualquier motivo, y este amor derramado desde la cruz, el Espíritu del Hijo, os guiará hasta la tierra prometida. En tercer lugar, considerad quién os da esta agua, que es el amor de Cristo, que es el Espíritu Santo. Es Dios, vuestro creador, que será ya vuestro Padre, el que os la da. Él es el que todo lo ha dispuesto para vuestro bien: toda la creación, toda la historia de la salvación, la entrega de su Hijo Amado en la cruz y al donación del Espíritu Santo. Él, misericordioso y fiel, es quién os da a beber de esta agua. Tal como le dice a Moisés (según la traducción griega del AT), y con esto acabamos: “herirás la peña y saldrá de ella agua, y beberá *mi pueblo*”. Dios Padre será quien os lo dé, Dios Hijo es quien abre su costado para derramarlo sobre vosotros, Dios Espíritu Santo quien se entrega y os unge y hace de vosotros su templo.

Ahora vamos al ***Compendio del Catecismo n.º: 265-270***, para que alcancéis mayor conocimiento de este segundo Sacramento que recibiréis.

E) Ave María

F) Súplicas y Padre Nuestro

G) Bendición y Despedida

El celebrante extiende las manos y dice la oración
(Cf. ***RICA 374***) mientras los elegidos inclinan la cabeza.
Después el celebrante impone la mano a cada uno

Oremos.

Señor Dios todopoderoso,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
mira con clemencia a estos siervos tuyos:
arroja de sus almas todo residuo de idolatría;
consolida en sus corazones tu ley y tus preceptos;
dirígelos hasta el pleno conocimiento de la verdad,
y prepáralos para que,
por la regeneración del Bautismo,
se hagan templos del Espíritu Santo.

Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Catequesis 4:

La Eucaristía

El domingo IV de cuaresma se celebra el segundo escrutinio

Para esta catequesis: Compendio del Catecismo nº 271-294

A) Introducción

Queridos hijos, la vida cristiana que ya tenéis a la vista no es una vida miserable. Dios no es miserable. Dios es un abismo insondable de amor Y en ese abismo de amor, encierra el Universo que nosotros vemos y podemos examinar, medir y pesar. En ese abismo de amor se desarrollan los días de este mundo y corren nuestros propios días.

La historia de la salvación, con tantos pecados, olvidos, traiciones e indiferencias por parte de los hombres, es la historia de la manifestación progresiva del amor de Dios, de la abundancia y sobreabundancia de este amor. Porque Dios, repito, no es un ser miserable. Así nos lo imaginamos nosotros muchas veces, cuando proyectamos sobre el ser de Dios nuestras propias miserias. Dios es rico en amor, por que él es amor. Dios es amor.

Mirad el universo. Contemplad la obra de la creación y os daréis cuenta de que no hay medida para contar: ¿podéis contar las estrellas? ¿Alguien, la NASA, o cualquier otro, ha podido medir los límites del universo? ¿Podéis contar el número de seres grandes y pequeños que cada día nacen por todas partes? Acaso el hombre ha sido capaz de hacer un catálogo de todas las especies de animales? ¿Podrá alguien alguna vez contar o contemplar siquiera todas las flores y las briznas de hierba que brotan para embellecer la tierra? Seguramente alguna vez hayáis experimentado el asombro de vuestro espíritu ante el espectáculo de la grandeza y la belleza de la creación.

Sería bueno que el catequista refiriese alguna experiencia personal de este orden. Se trata no sólo de hacer hincapié en la belleza, sino en la belleza sobreabundante, en el derroche gratuito de hermosura

En una ocasión, subí andando a los lagos de Covadonga. En la subida, abandonamos en un punto la carretera y tomamos un camino que torció ante otra ladera que se nos ofrecía de frente y la bordeamos durante un largo tramo hasta que nos codujo a una pradera extremadamente hermosa. El camino subía luego, de nuevo, buscaba la gruta de una mina abandonada que atravesaba la ladera y ahorraaba parte de la subida. Ante aquella pradera, me sentí un hombre afortunado. Me hizo pensar en la grandeza de la generosidad de Dios, en el derroche de su hermosura. Era una pradera encharcada de agua, todo verde y lleno de flores de colores, con caballos salvajes corriendo y pastando. Y el sol hacía que todo resplandeciese. Pensé entonces que Dios derrocha belleza y hermosura sin cuento, sin medida.

Nosotros somos miserables cuando damos, cuando hacemos las cosas. Contamos el esfuerzo, contamos la utilidad. Si hacemos un regalo, contamos que pueda ser apreciado por la otra persona. Y no se nos ocurre regalar algo valioso a quien no puede apreciarlo. Pero Dios, Dios hace todo con una grandeza, con derroche de sabiduría, de bondad y de belleza, que supera cualquier cálculo y medida. ¿Cuántas praderas como esa o más hermosas no habrá

en todo el mundo y que muy pocos ven? ¿Y cuantas veces se regenerará su hierba y sus flores? ¿Y cuantas veces serán cubiertas por la niebla sin que nadie pueda contemplarlas?

Nosotros, en este mundo, vivimos sumergidos en el misterio del amor de Dios. Dios no corre paralelo a nosotros; más bien nos envuelve y nos sostiene. Tampoco se confunde con nosotros, porque su amor es el amor no de una cosa, sino de alguien, de una persona. No hemos de confundir su amor con una ley necesaria, algo así como el sol que no puede dejar de calentar. El amor es libre. Dios ama libremente. Y ama libremente a cada ser, a cada hombre. Dios no se derrama como sin voluntad, dando el ser a los distintos seres, no. Sino que, en su amor crea, da el ser a lo que no existe, por un acto de voluntad. Si no, no sería realmente amor. Y como persona, nos ha creado a nosotros también como personas, inteligentes, libres, dueños de nosotros mismos. El abismo de amor de Dios en el que nos ha creado en este universo nos ha hecho personas, seres con historia, no sólo con tiempo, sino con historia. Y en esta historia nos mantiene y nos muestra amor. En esta historia llamó a Abraham y os llamó a vosotros. También esta historia del hombre y nuestra se desarrolla en el abismo del amor de Dios. También en su historia Dios ha mostrado por el hombre un amor siempre sorprendente.

Hoy hemos de hablaros de esta ley que mueve siempre a Dios: la del exceso de amor. Aunque si lo pensáis bien, ¿habrá algún amor, que sea tal amor, sin que sea excesivo? ¿Amaría realmente el padre que midiese sus preocupaciones por sus hijos? ¿Amaría realmente la madre que ahorrara trabajos por los suyos? ¿Amaría el hombre a la mujer si pusiera cotas a los sueños de ser correspondido?

San Juan comienza su evangelio con un prólogo que presenta al protagonista y el misterio que encierra: Es el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, que ha tomado nuestra carne, que se ha hecho hombre. Este es, en realidad el Evangelio, la propia persona del Hijo que el Padre nos entrega. Pues bien, una vez hecha esta presentación, san Juan termina el prólogo con unas palabras sorprendentes que se refieren a este amor siempre sobreabundante de Dios:

“De su plenitud hemos recibido gracia tras gracia”, es decir “gracia sobre gracia”
(Jn 1,16).

Cristo es la plenitud de la historia, el fin de la historia, su culmen, porque es el punto de la historia del hombre donde Dios derrama todo su amor, para alcanzar, desde este punto a todos los hombres. El otro día hacíamos referencia al costado abierto de Cristo en la cruz: es la imagen del vaciamiento de Dios sobre el hombre. Cristo en la cruz es el punto cumbre donde la gracia de Dios se derrama sobre este mundo nuestro.

Pero claro, como ya hemos dicho en otras ocasiones, el que fue crucificado para derramar la gracia del amor de Dios, resucitó de entre los muertos y vive y ha hecho que su vida entera no quede sepultada por el tiempo. Y, sin ninguna duda, el momento cumbre de su vida es su entrega en la cruz. Por eso decimos que Cristo en la cruz abraza el universo y la historia. Desde la cruz, Cristo resucitado alcanza a todos los hombres de todos los lugares y de todas las épocas ofreciéndose como el don del amor de Dios para todos los que crean en él. Diríamos que Cristo en la cruz se convierte en el fuente del amor divino. Es lo que se expresa con tanta fuerza en la imagen del costado abierto que derrama todo lo que queda en el corazón de Cristo. Allí, el cuerpo humano, abierto por amor a Dios, se convierte en la boca de la fuente del amor de Dios para con el hombre. Es la boca que se abre en el cuerpo de Cristo, en la celebración de cada sacramento.

Recordad siempre esto: cada vez que os acerquéis a un sacramento, os acercáis al don del amor de Dios, que él nos ha ofrecido en su Hijo Jesucristo. Y que Cristo derrama, no es que derramó, sino que derrama desde la cruz.

San Juan dice que el soldado se acercó a Cristo crucificado, ya muerto y le atravesó el costado. Y que, al momento, salió sangre y agua. El otro día relacionábamos el agua con el Espíritu Santo. Es Espíritu Santo que da el Padre en el Bautismo y en la Confirmación.

Hoy nos vamos a referir a la sangre, que expresa la vida del mismo Cristo, la donación que Cristo hace de sí mismo, su propio ser, su propia persona. Hay que decir que, en la Escritura, la sangre representa la vida, la vida de cada hombre está representada por su sangre. Esto es lo que vemos en la sangre: al mismo Cristo, su Cuerpo y su Sangre entregados por nosotros, el Sacramento de la Eucaristía.

B) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Para la invocación del Espíritu Santo ver
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.
Página 221

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.

Amén.

C) Exorcismos Menores

Los elegidos se ponen de rodilla o, si no es posible,
inclinan la cabeza, mientras el sacerdote
hace la oración sobre ellos con las manos extendidas (RICA 118)

Oremos.
Dios que escrutas las intenciones
y recompensas las obras,
mira benigno los trabajos
y el aprovechamiento de tus siervos.
Asegura sus pasos,
auméntales la fe,
acepta su penitencia,
y, descubriendo abiertamente tu justicia y tu bondad,
concédeles que merezcan participar
de tus sacramentos en la tierra,
y gozar de tu compañía eterna en el cielo..
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

D) Catequesis

Para presentaros los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación nos hemos remontado a una de sus prefiguraciones en la Escritura. Muchas veces os hemos dicho que toda la Escritura habla de Cristo, porque toda la obra de Dios, la obra de la creación y la obra de la historia de la salvación tiene como centro la obra de su propio Hijo. Todo, en la creación y en la historia de la salvación, anuncia la venida de Cristo y prepara el corazón y la mente de los hombres para que puedan reconocerlo, acogerlo en la fe y amarlo. Cristo es el centro del cosmos y de la historia. Todo tiene como centro al Hijo de Dios hecho hombre y entregado por nosotros y para nosotros. Y los sacramentos son parte de esta entrega, fluyen de la boca abierta en su costado.

Por eso acudimos a un momento fundamental del AT para presentaros el Bautismo y la Confirmación: a la Pascua Antigua: la salida de la esclavitud de Egipto, el paso del Mar Rojo, la marcha por el desierto, la Alianza, y la conquista de la Tierra Prometida. Aquella pascua antigua ilustra la Pascua de Cristo: su muerte, su descenso a los infiernos, su resurrección y su glorificación como hombre verdadero, convertido ahora en dueño y Señor de todo, como Hijo Único del Padre.

Hablamos del Bautismo de Cristo, es decir de su muerte y descenso a los infiernos, anunciado ya en el paso del mar rojo. Hablamos del don del Espíritu Santo, que acompaña a Cristo hasta su muerte y que le vivificará, para que se levante glorioso de la tumba. El mismo Espíritu que él entrega en su muerte, su Bautismo, el mismo espíritu que después de resucitar exhalará sobre los Apóstoles, el que derramará, cuando alcance la Gloria de Dios, en Pentecostés. Esta donación del Espíritu por parte de Cristo la vimos anunciada en el agua que manaba de la roca, porque la roca es Cristo. Es el don de la Confirmación. Hoy vamos a hacer referencia a otro hecho de la pascua antigua para hablaros de la Eucaristía.

En realidad hay muchos elementos de la Pascua antigua que nos hablan de la Eucaristía: los panes ácidos, sin fermentar que comieron los israelitas antes de salir de Egipto ya hablaban de este pan ácido que es Cristo, que nos entrega su amor crucificado como alimento para el camino, para los que estamos aún en camino hacia el cielo.

También nos habla de la eucaristía el maná. El maná es el pan con que Dios alimenta a su pueblo en la marcha por el desierto. El evangelio de san Juan nos muestra al mismo Cristo que se identifica con lo que el maná sólo podía anunciar. Les dice a los judíos: vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron, el que coma del pan que yo le dé no morirá jamás. Pero a continuación hace entender que el pan no es una cosa, sino él mismo que se nos ofrece como alimento: “Yo soy el pan de la vida. Quien coma de este pan vivirá para siempre”.

No sólo es pan para el camino, sino pan que nos asegura la vida eterna. Más aún que nos entrega ya la vida eterna, porque nos entrega a Cristo. Y él es nuestra vida.

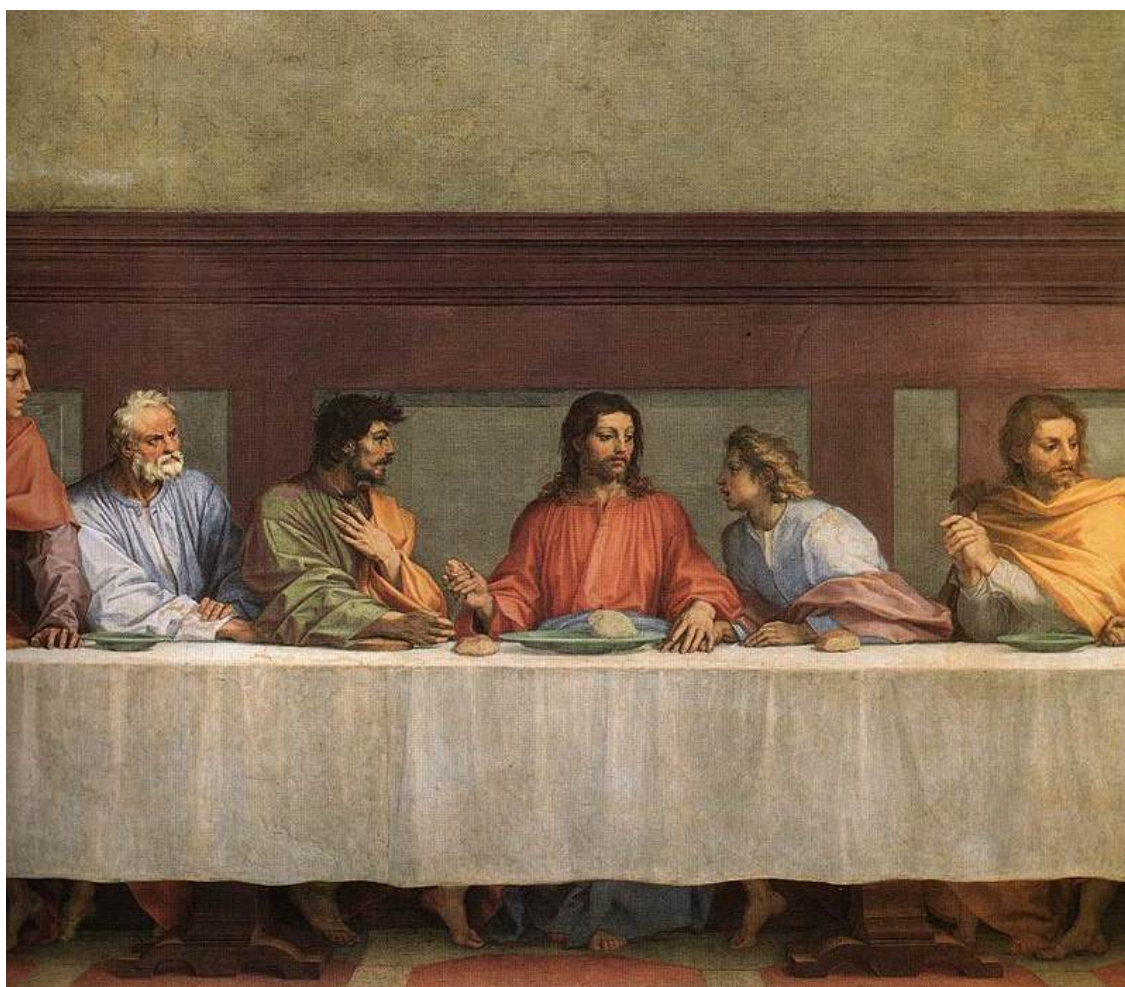
Pero ahora quiero hacer referencia a otro momento de la pascua antigua. Israel camina por el desierto hacia la tierra prometida. Es la tierra que Dios prometió mucho tiempo atrás a Abraham, la tierra de la promesa, que muchas veces es caracterizada en la Escritura como una tierra que mana “leche y miel”. Ahora bien es una tierra que tendrán que conquistar, porque está habitada por siete pueblos: los hititas, los jebuseos... La primera vez que Israel llega hasta las inmediaciones de esta tierra manda a unos exploradores para que investiguen cómo es y ver si sus ciudades tienen murallas y si sus habitantes son muchos... Los judíos se dan cuenta de que van a tener que luchar, de que van a tener que emplearse a fondo para conquistar la tierra. Y ocurre que les entra miedo. Vuelven a la queja e incluso deciden apartar a Moisés y nombrar un nuevo jefe que los lleve de vuelta a Egipto. Prefieren la esclavitud a luchar. Entonces Dios se irrita, les hace retroceder y los tiene dando vueltas por el desierto, por eso están allí 40 años, hasta que muere en el desierto toda la generación que había salido de Egipto sin pisar la tierra prometida. También Moisés morirá viendo la Tierra de la Promesa desde lejos.

Muerta toda aquella generación y muerto Moisés, Dios pone al frente de su pueblo a otro hombre. Fijaos en su nombre: Josué. ¿A qué os suena ese nombre? En hebreo suena Yehosúa. Es el nombre de Jesús. Él será quien deje atrás el desierto y conquiste la tierra prometida.

Josué conquistó la tierra de la promesa. Pero, si uno camina por Israel se dará cuenta de que no es una tierra que mane leche y miel. La tierra que conquistó Josué era sólo el anuncio de una tierra mejor, la tierra que conquistaría Jesús. Y qué tierra es esa: la vida de Dios. Y Jesús conquista esta tierra luchando contra el pecado. ¿Qué es luchar contra el pecado? No se trata de dar puñetazos al aire. Luchar contra el pecado es cumplir la ley del amor de Dios: Amar a Dios con todo el corazón y con toda el alma y con todo el ser y amar al prójimo como a uno mismo. Por esta ley Cristo, de amor al Padre, Cristo obedeció hasta la muerte. Y por esta ley, de amor a los hombres, Cristo soportó el peso de los pecados de todos. Esta ley de amor le llevó a la cruz. Y así conquistó la tierra, no la miserable de Israel, sino el seno de la Trinidad. La conquistó para él y para nosotros. Por eso, a Cristo se le llama el “primogénito de entre los muertos”. Es decir, el primero que ha renacido de la muerte para la vida de Dios. Y si es el primero, no es el único. Ahora, los que le siguen deben participar con él en sus padecimientos para participar también con él en la gloria de la resurrección.

El mismo Cristo había hablado ya de esto. Vayamos a cuando él enseñaba de un pueblo a otro de Galilea, vayamos al comienzo del Sermón de la Montaña, a las Bienaventuranzas. ¿Os acordáis de ellas? Las escuchasteis en las primeras catequesis. Quiero que os fijéis tan sólo en una de ellas: “Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra”. El hombre sufrido, que aguanta el sufrimiento por amor es él, y es él el que amando como un verdadero Hijo recibe en herencia la gloria de su Padre: esta es la tierra de la promesa. Y son sufridos todos los que le siguen y participan de su muerte por amor. También ellos recibirán la herencia de los hijos de Dios.

¿Qué tiene que ver esto con la Eucaristía? La Eucaristía es el anticipo de esta tierra que será nuestra, que es nuestra en promesa, que es ya nuestra herencia. ¿Por qué? Porque la Eucaristía es Cristo. Y Cristo es nuestro premio, nuestra herencia. La Eucaristía es Cristo. Ahora, es verdad, se nos presenta como pan ácimo, es decir como pan que hace referencia a los sufrimientos de la cruz, a la pobreza y debilidad del cuerpo desnudo y clavado en la cruz, ante el cual los que se creen seguros de sí mismos se burlan. Ahora, es verdad, se nos presenta como el maná, es decir como el pan del camino, el pan de los que aún no hemos llegado a nuestro destino y caminamos aún lejos, en medio del desierto. Sin embargo es Cristo. No es una parte de Cristo, uno es una sobra de Cristo, ni un reflejo de Cristo, es Cristo mismo. La eucaristía es Cristo. Y Cristo es el término de nuestro viaje, es el contenido del cielo, es nuestra herencia, es nuestra tierra. En él seremos amados del Padre en la Trinidad. En él amaremos al Padre en la Trinidad. Al comer su cuerpo y unirnos a él por la fe ya entramos en esta posesión de Cristo y en esta herencia que es al vida trinitaria.



Misteriosamente, sin sentir con los sentidos del cuerpo, sin ver con los ojos, sin que tenga por qué sentir el corazón, recibimos ahora un anticipo real de lo que poseeremos después es plenitud. Recibimos ya a Cristo, nuestro único bien. Al comerlo y al recibirlo por la fe conquistamos el cielo. Puede que no veamos con los ojos a los ángeles. Puede que nos sintamos nada en el corazón, porque la apariencia es sólo de pan y pan ácimo, solo vino. Pero recibimos a Cristo. Se trata del mismo que tuvo sus pies clavados en la cruz, el mismo cuyo cuerpo fue abierto por la lanza del soldado. Se trata del mismo que resucitó de entre los muertos y recibió la gloria de su Padre, el mismo que vive ahora en el cielo y que espera la consumación del tiempo. Ese mismo es el que se nos da en la Eucaristía, personalmente, totalmente, por entero.

Vamos a leer ahora el sencillo relato de la institución de la Eucaristía, que ya conocéis:

-Mt 26,17-30

Institución de la Celebración Eucarística

El Jueves Santo tendréis la oportunidad de asistir a la Celebración de la Cena del Señor. En esa celebración la Iglesia conmemora cómo el Señor Jesús, antes de su muerte y resurrección instituye el sacramento de la Eucaristía. Y con él el sacramento del sacerdocio.

I. En la Última Cena, Jesús anticipa su muerte y su resurrección al instituir la Eucaristía.

La muerte y la resurrección de Cristo son el momento final de la obra de la salvación. Todo lo que Dios había ido haciendo desde el principio para salvar al hombre, ahora es llevado a su término. La muerte y la resurrección de Cristo contienen toda esta obra de siglos y la finalizan. Por eso también la muerte y la resurrección del Señor se realizan en la conmemoración de la Pascua Judía, el acontecimiento salvífico más importante del Antiguo Testamento. Los antiguos acontecimientos salvíficos eran promesa y anuncio de los acontecimientos definitivos. La muerte y la resurrección de Cristo son su cumplimiento y su plenitud.

Al mismo tiempo, en todos los acontecimientos salvíficos del Antiguo Testamento se había ido mostrando el amor de Dios al hombre. Pero no sólo el amor de Dios, sino también la respuesta de amor del hombre. Los acontecimientos con los cuales Dios salva a su pueblo son "actos" de amor. Y estos "actos" de amor provocan una respuesta también de "amor" ("El amor saca amor", decía Sta. Teresa de Jesús). Ciertamente la respuesta del hombre nunca está a la altura del amor de Dios, pero sin ellos la Historia de la Salvación no habría tenido lugar. La Historia de la Salvación es un diálogo entre Dios y el hombre, un diálogo de amor. Aunque por parte del hombre hay mucha mediocridad, frialdad, olvido e infidelidad, al final, la historia puede progresar porque progresa este diálogo. Poco a poco se ve que la salvación del hombre consiste en entrar en este diálogo, en acoger el amor de Dios y responder con un amor adecuado.

La muerte y la resurrección de Cristo son la consumación y la plenitud de esta historia de amor. Por eso san Juan, enmarca con estas palabras el relato de la pasión, muerte y resurrección de Cristo: *"Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"* (Jn 13,1). En la persona de su Hijo Jesús, Dios ama al hombre hasta el fin y se entrega a él hasta el fin. Pero no sólo. Jesús no sólo es Dios que ama al hombre hasta el extremo, es también el hombre que se pone a la cabeza de todos sus antepasados del pueblo judío (desde David, desde Moisés, desde Abraham); más aún, a la cabeza de todos los hombres (desde Adán), para amar a Dios como hombre verdadero. En la cruz Cristo ama al hombre y lleva a realización histórica el amor de Dios por el hombre. Al tiempo, ama a su Padre hasta el fin y lleva a perfección el amor humano. La resurrección de entre los muertos y la entrada del Hijo de Dios, hombre verdadero, en el seno de la Trinidad, significan la victoria definitiva de este amor: el hombre ha alcanzado, de una vez por todas, la comunión con Dios, la vida propia del Hijo Eterno.

Pues bien todos estos acontecimientos de nuestra salvación y el amor que en ellos se expresa, se realiza y se consume, los anticipa Cristo en la celebración de la Última Cena. Cristo anticipa su muerte y su resurrección cuando, en medio de una celebración de la cena pascual, "hace" la Eucaristía.

Recordemos en primer lugar cómo es esta institución, en la que Jesús da a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre. Es narrada por san Pablo (1Cor 11, 23-27), y por los evangelios según san Mateo, san Marcos y san Lucas. Vayamos al relato de san Lucas:

Llegó el día de los ázimos, en el que se había de inmolar el cordero de Pascua; [Jesús] envió a Pedro y a Juan, diciendo: "*Id y preparadnos la Pascua para que la comamos*"[...] fueron [...] y prepararon la Pascua. Llegada la hora, se puso a la mesa con los Apóstoles; y les dijo: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios" [...] Y tomó pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: "*Esto es mi cuerpo que va a ser entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío*". De igual modo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: "*Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros*" (Lc 22,7-20; cf Mt 26,17-29; Mc 14,12-25)

II. Al "hacer" la Eucaristía Jesús no sólo anticipaba su muerte y su resurrección, y el amor que allí se consuma y se perfecciona. No sólo lo anticipa sino que hace posible, que después de su muerte y resurrección, estos acontecimientos permanezcan en el transcurso de la historia de la humanidad hasta que él vuelva. Por eso Jesús manda a los discípulos: "*haced esto en memoria mía*". El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y sus palabras "*hasta que venga*" (1 Co 11,26), no exige solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo. Requiere la celebración litúrgica por los Apóstoles y sus sucesores del memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre". La celebración litúrgica de la Eucaristía actualiza el acontecimiento único e irrepetible de la muerte y resurrección de Cristo, de la entrega de su cuerpo y de su sangre. Nos pone a los cristianos ante aquellos acontecimientos de la Última Cena, ante la Cruz y la Resurrección del Señor.

Leemos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

1342 "Desde el comienzo la Iglesia fue fiel a la orden del Señor. De la Iglesia de Jerusalén se dice: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones [...] Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y con sencillez de corazón» (Hch 2,42.46).

1343 Era sobre todo "*el primer día de la semana*", es decir, el domingo, el día de la resurrección de Jesús, cuando los cristianos se reunían para "*partir el pan*" (Hch 20,7). Desde entonces hasta nuestros días, la celebración de la Eucaristía se ha perpetuado, de suerte que hoy la encontramos por todas partes en la Iglesia, con la misma estructura fundamental. Sigue siendo el centro de la vida de la Iglesia.

1344 Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús "*hasta que venga*" (1 Co 11,26), el pueblo de Dios peregrinante "camina por la senda estrecha de la cruz" (AG 1) hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino.

Leemos en el Compendio del Catecismo nº 271-294

E) Ave María

F) Súplicas y Padre Nuestro

G) Bendición y Despedida

El celebrante extiende las manos y dice la oración
(Cf. **RICA 123**) mientras los elegidos inclinan la cabeza.
Después el celebrante impone la mano a cada uno

Oremos.

Señor, Dios omnipotente,
mira a tus siervos,
que están instruyéndose en el Evangelio de Cristo:
haz que te conozcan y te amen
para que de todo corazón
y con ánimo gozoso
cumplan siempre tu voluntad.
Dígnate guiarlos en su marcha hacia ti;
agrégalos a tu Iglesia,
para que participen de tus misterios
en esta vida y en la eterna.

Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Catequesis 5:

La Oración Cristiana – El “Padre Nuestro”

El domingo V de cuaresma se celebra el tercer escrutinio.
Durante la semana V de cuaresma se hace la “entrega del Padre nuestro”

A) Saludo del Presidente e Invocación del Espíritu Santo

Como en la primera catequesis
Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica. Página 221

B) Exorcismos Menores

Las fórmulas de estos exorcismos menores las tomará del ritual (RICA 113-118.
Otras fórmulas posibles aparecen en el RICA 373).

C) Catequesis

La catequesis de hoy es una preparación para la entrega de la oración del Señor.

Leeremos y comentaremos:

1. Introducción a la oración del Padre Nuestro (CCE 2777-2795)
2. Las siete peticiones del Padre Nuestro (*Compendio del Catecismo* 587-598)

2777 En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: “Atrevemos con toda confianza”, “Háznos dignos de”. Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: “No te acerques aquí. Quitá las sandalias de tus pies” (Ex 3, 5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que “después de llevar a cabo la purificación de los pecados” (Hb 1, 3), nos introduce en presencia del Padre: “Hémos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio” (Hb 2, 13):

«La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: “Abbá, Padre” (Rm 8, 15) ... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto?» (San Pedro Crisólogo, Sermón 71, 3).

2778 Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: parrhesia, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado (cf Ef 3, 12; Hb 3, 6; 4, 16; 10, 19; 1 Jn 2,28; 3, 21; 5, 14).

II. “¡Padre!”

2779 Antes de hacer nuestra esta primera exclamación de la Oración del Señor, conviene purificar humildemente nuestro corazón de ciertas imágenes falsas de “este mundo”. La humildad nos hace reconocer que “nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”, es decir “a los pequeños” (Mt 11, 25-27). La purificación del corazón concierne a imágenes paternas o maternas, correspondientes a nuestra historia personal y cultural, y que impregnan nuestra relación con Dios. Dios nuestro Padre trasciende las categorías del mundo creado. Transferir a Él, o contra Él, nuestras ideas en este campo sería fabricar ídolos para adorar o demoler. Orar al Padre es entrar en su misterio, tal como Él es, y tal como el Hijo nos lo ha revelado:

«La expresión Dios Padre no había sido revelada jamás a nadie. Cuando Moisés preguntó a Dios quién era Él, oyó otro nombre. A nosotros este nombre nos ha sido revelado en el Hijo, porque este nombre implica el nuevo nombre del Padre» (Tertuliano, *De oratione*, 3, 1).

2780 Podemos invocar a Dios como “Padre” porque Él nos ha sido revelado por su Hijo hecho hombre y su Espíritu nos lo hace conocer. Lo que el hombre no puede concebir ni los poderes angélicos entrever, es decir, la relación personal del Hijo hacia el Padre (cf Jn 1, 1), he aquí que el Espíritu del Hijo nos hace participar de esta relación a quienes creemos que Jesús es el Cristo y que hemos nacido de Dios (cf 1 Jn 5, 1).

2781 Cuando oramos al Padre estamos en comunión con Él y con su Hijo, Jesucristo (cf 1 Jn 1, 3). Entonces le conocemos y lo reconocemos con admiración siempre nueva. La primera palabra de la Oración del Señor es una bendición de adoración, antes de ser una imploración. Porque la Gloria de Dios es que nosotros le reconozcamos como “Padre”, Dios verdadero. Le damos gracias por habernos revelado su Nombre, por habernos concedido creer en Él y por haber sido habitados por su presencia.

2782 Podemos adorar al Padre porque nos ha hecho renacer a su vida al adoptarnos como hijos suyos en su Hijo único: por el Bautismo nos incorpora al Cuerpo de su Cristo, y, por la Unción de su Espíritu que se derrama desde la Cabeza a los miembros, hace de nosotros “cristos”:

«Dios, en efecto, que nos ha destinado a la adopción de hijos, nos ha conformado con el Cuerpo glorioso de Cristo. Por tanto, de ahora en adelante, como participantes de Cristo, sois llamados “cristos” con todo derecho» (San Cirilo de Jerusalén, *Catecheses mystagogicae*, 3, 1).

«El hombre nuevo, que ha renacido y vuelto a su Dios por la gracia, dice primero: “¡Padre!”, porque ha sido hecho hijo» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 9).

2783 Así pues, por la Oración del Señor, hemos sido revelados a nosotros mismos al mismo tiempo que nos ha sido revelado el Padre (cf GS 22):

«Tú, hombre, no te atrevías a levantar tu cara hacia el cielo, tú bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados. De siervo malo, te has convertido en buen hijo [...] Eleva, pues, los ojos hacia el Padre que te ha rescatado por medio de su Hijo y di: Padre nuestro [...] Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado. Di entonces también por medio de la gracia: Padre nuestro, para merecer ser hijo suyo» (San Ambrosio, *De sacramentis*, 5, 19).

2784 Este don gratuito de la adopción exige por nuestra parte una conversión continua y unavida nueva. Orar a nuestro Padre debe desarrollar en nosotros dos disposiciones fundamentales:

El deseo y la voluntad de asemejarnos a él. Creados a su imagen, la semejanza se nos ha dado por gracia y tenemos que responder a ella.

«Es necesario acordarnos, cuando llamemos a Dios “Padre nuestro”, de que debemos comportarnos como hijos de Dios» (San Cipriano de Cartago, *De Dominica oratione*, 11).

«No podéis llamar Padre vuestro al Dios de toda bondad si mantenéis un corazón cruel e inhumano; porque en este caso ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad del Padre celestial» (San Juan Crisóstomo, *De angusta porta et in Oratione dominicam*, 3).

«Es necesario contemplar continuamente la belleza del Padre e impregnar de ella nuestra alma» (San Gregorio de Nisa, *Homiliae in Orationem dominicam*, 2).

2785 Un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños (cf Mt 18, 3); porque es a “los pequeños” a los que el Padre se revela (cf Mt 11, 25):

«Es una mirada a Dios y sólo a Él, un gran fuego de amor. El alma se hunde y se abisma allí en la santa dilección y habla con Dios como con su propio Padre, muy familiarmente, en una ternura de piedad en verdad entrañable» (San Juan Casiano, *Conlatio* 9, 18).

«Padre nuestro: este nombre suscita en nosotros todo a la vez, el amor, el gusto en la oración [...] y también la esperanza de obtener lo que vamos a pedir [...] ¿Qué puede Él, en efecto, negar a la oración de sus hijos, cuando ya previamente les ha permitido ser sus hijos?» (San Agustín, *De sermone Domini in monte*, 2, 4, 16).

III. Padre “nuestro”

2786 Padre “nuestro” se refiere a Dios. Este adjetivo, por nuestra parte, no expresa una posesión, sino una relación totalmente nueva con Dios.

2787 Cuando decimos Padre “nuestro”, reconocemos ante todo que todas sus promesas de amor anunciadas por los profetas se han cumplido en la nueva y eterna Alianza en Cristo: hemos llegado a ser “su Pueblo” y Él es desde ahora en adelante “nuestro Dios”. Esta relación nueva es una pertenencia mutua dada gratuitamente: por amor y fidelidad (cf Os 2, 21-22; 6, 1-6) tenemos que responder a la gracia y a la verdad que nos han sido dadas en Jesucristo (cf Jn 1, 17).

2788 Como la Oración del Señor es la de su Pueblo en los “últimos tiempos”, ese “nuestro” expresa también la certeza de nuestra esperanza en la última promesa de Dios: en la nueva Jerusalén dirá al vencedor: “Yo seré su Dios y él será mi hijo” (Ap 21, 7).

2789 Al decir Padre “nuestro”, es al Padre de nuestro Señor Jesucristo a quien nos dirigimos personalmente. No dividimos la divinidad, ya que el Padre es su “fuente y origen”, sino confesamos que eternamente el Hijo es engendrado por Él y que de Él procede el Espíritu Santo. No confundimos de ninguna manera las Personas, ya que confesamos que nuestra comunión es con el Padre y su Hijo, Jesucristo, en su único Espíritu Santo. La Santísima

Trinidad es consubstancial e indivisible. Cuando oramos al Padre, le adoramos y le glorificamos con el Hijo y el Espíritu Santo.

2790 Gramaticalmente, “nuestro” califica una realidad común a varios. No hay más que un solo Dios y es reconocido Padre por aquéllos que, por la fe en su Hijo único, han renacido de Él por el agua y por el Espíritu (cf 1 Jn 5, 1; Jn 3, 5). La Iglesia es esta nueva comunión de Dios y de los hombres: unida con el Hijo único hecho “el primogénito de una multitud de hermanos” (Rm 8, 29) se encuentra en comunión con un solo y mismo Padre, en un solo y mismo Espíritu (cf Ef 4, 4-6). Al decir Padre “nuestro”, la oración de cada bautizado se hace en esta comunión: “La multitud [...] de creyentes no tenía más que un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32).

2791 Por eso, a pesar de las divisiones entre los cristianos, la oración al Padre “nuestro” continúa siendo un bien común y un llamamiento apremiante para todos los bautizados. En comunión con Cristo por la fe y el Bautismo, los cristianos deben participar en la oración de Jesús por la unidad de sus discípulos (cf UR 8; 22).

2792 Por último, si recitamos en verdad el “Padre nuestro”, salimos del individualismo, porque de él nos libera el Amor que recibimos. El adjetivo “nuestro” al comienzo de la Oración del Señor, así como el “nosotros” de las cuatro últimas peticiones no es exclusivo de nadie. Para que se diga en verdad (cf Mt 5, 23-24; 6, 14-16), debemos superar nuestras divisiones y los conflictos entre nosotros.

2793 Los bautizados no pueden rezar al Padre “nuestro” sin llevar con ellos ante Él todos aquellos por los que el Padre ha entregado a su Hijo amado. El amor de Dios no tiene fronteras, nuestra oración tampoco debe tenerla (cf. NA 5). Orar a “nuestro” Padre nos abre a dimensiones de su Amor manifestado en Cristo: orar con todos los hombres y por todos los que no le conocen aún para que “estén reunidos en la unidad” (Jn 11, 52). Esta solicitud divina por todos los hombres y por toda la creación ha inspirado a todos los grandes orantes: tal solicitud debe ensanchar nuestra oración en un amor sin límites cuando nos atrevemos a decir Padre “nuestro”.

IV. “Que estás en el cielo”

2794 Esta expresión bíblica no significa un lugar [“el espacio”] sino una manera de ser; no el alejamiento de Dios sino su majestad. Dios Padre no está “en esta o aquella parte”, sino “por encima de todo” lo que, acerca de la santidad divina, puede el hombre concebir. Como es tres veces Santo, está totalmente cerca del corazón humilde y contrito:

«Con razón, estas palabras “Padre nuestro que estás en el Cielo” hay que entenderlas en relación al corazón de los justos en el que Dios habita como en su templo. Por eso también el que ora desea ver que reside en él Aquel a quien invoca» (San Agustín, De sermone Dominici in monte, 2, 5, 18).

«El “cielo” bien podía ser también aquéllos que llevan la imagen del mundo celestial, y en los que Dios habita y se pasea» (San Cirilo de Jerusalén, Catecheses mystagogicae, 5, 11).

2795 El símbolo del cielo nos remite al misterio de la Alianza que vivimos cuando oramos al Padre. Él está en el cielo, es su morada, la Casa del Padre es, por tanto, nuestra “patria”. De la patria de la Alianza el pecado nos ha desterrado (cf Gn 3) y hacia el Padre, hacia el cielo, la

conversión del corazón nos hace volver (cf Jr 3, 19-4, 1a; Lc 15, 18. 21). En Cristo se han reconciliado el cielo y la tierra (cf Is 45, 8; Sal 85, 12), porque el Hijo “ha bajado del cielo”, solo, y nos hace subir allí con Él, por medio de su Cruz, su Resurrección y su Ascensión (cf Jn 12, 32; 14, 2-3; 16, 28; 20, 17; Ef 4, 9-10; Hb 1, 3; 2, 13).

2796 Cuando la Iglesia ora diciendo “Padre nuestro que estás en el cielo”, profesa que somos el Pueblo de Dios “sentado en el cielo, en Cristo Jesús” (Ef 2, 6), “ocultos con Cristo en Dios” (Col 3, 3), y, al mismo tiempo, “gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celestial” (2 Co 5, 2; cf Flp 3, 20; Hb 13, 14):

«Los cristianos están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo» (Epistula ad Diognetum, 5, 8-9)

3. Las siete peticiones del Padre Nuestro (Compendio del Catecismo 587-598)

D) Ave María

E) Súplicas y Padre Nuestro

F) Bendición

Invitamos a los catecúmenos a inclinar la cabeza para recibir la bendición. **(RICA 121-124; 374).**

G) Despedida

Como en la primera catequesis.